

Un  
mensaje  
al  
corazón



Emma  
Morgado

# Un mensaje al corazón

Emma Morgado

Un mensaje al corazón

©Todos los derechos reservados.

©Emma Morgado

1ªEdición: Marzo, 2019

*Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.*

*No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.*

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo



## Capítulo 1

El olor a café llegaba hasta la cama. Joel se había despertado hacía tiempo, pero yo me quedé en la cama. Era sábado, quería disfrutar un poco más de ese momento de relax. Ese olor a café me hizo desperezarme y levantarme para tomarme una taza bien cargada. El día, por lo que pude ver desde la ventana, estaba soleado. El sol calentaba ya el ambiente y eso que aún no era ni mediodía. Pero solía pasar en una ciudad como en la que vivía y eso te hacía despertarte llena de vida.

—Buenos días, Joel. Qué rico huele —dije aspirando el aroma del café—. Quiero uno ¡ya! —reí, le di un beso y sonreí cuando me senté a la mesa de la cocina, esperando a que me sirviera la deseada taza de café.

—Buenos días, Marta. Ahora mismo —dijo muy seriamente.

Me dio la sensación, por el tono de su voz, de que le ocurría algo. Como despistado, pensativo... No sabría explicarlo, peor notaba que algo ocurría.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Tenemos que hablar... —esa frase no me gustaba en absoluto y podía notar la tensión en su voz.

En ese momento mi mente se convirtió en un hervidero de pensamientos, por la cabeza me pasó de todo. Esa frase no era nada buena...

En nuestros cuatro años como pareja, jamás la habíamos usado.

Éramos una pareja normal, la verdad es que se podía decir que feliz. Muchos de nuestros amigos y familiares nos veían como la pareja perfecta, pero exageraban. Simplemente ellos habían fracasado en sus relaciones y la

nuestra, que se veía bien, era la envidia de muchos. Y aunque nada era perfecto, teníamos nuestros momentos, la verdad es que nuestra relación estaba bien. Más que bien...

Me quedé observándolo mientras me ponía en la mesa la taza de café y podía notar aún más el nerviosismo en él, cosa que no me ayudaba a parar mis pensamientos caóticos. Me mantuve en silencio, temiéndome lo peor, aunque en ese momento ni yo podía imaginar qué podía ser lo peor.

Solo sabía que algo no andaba bien y era incapaz de preguntar qué era lo que ocurría.

—Marta, no sé cómo decirte esto... He conocido a alguien más... En el trabajo —carraspeó al final.

Pestañeé. No podía ser. Yo no estaba escuchando algo así...

Esa frase se repitió con eco dentro de mi cabeza y yo aún no era capaz de asimilar que era exactamente eso lo que me estaba diciendo. No podía ser algo así, no podía decírmelo de esa forma. ¿Tan... ahí, de sopetón? Cerré los ojos, evitando mirar a los suyos y me mordí los labios para no emitir ninguna clase de sonido.

Porque no sabía si iba a sollozar o a chillar cuando terminara de asimilar lo que había escuchado.

Nunca, por más que lo imagines, estás preparada para oír algo así. Y lo peor es que jamás había imaginado que con él podía llegar a escuchar esas palabras.

Quería esconderme y ponerme a gritar como una loca.

Y allí estaba él. Recto. Serio. Y con la frase que había soltado... Se giró y se puso a prepararse un café para él. Y mientras mi mundo se estaba hundiendo.

—Hace días que quería decírtelo, pero no sabía cómo hacerlo. Así están las cosas, Marta. He intentado luchar contra mis sentimientos y contra lo que estaba ocurriendo con ella, pero no he podido. Al final todo ha sido más fuerte que mi voluntad. No mereces lo que te estoy haciendo y sé que debo irme. Lo

haré. Yo tampoco merezco vivir esto y sufrir porque mi corazón ha elegido a otra —lo soltó tan de golpe que yo tuve la sensación de que esa panfarrada la tenía más que ensayada.

Hablaba, en realidad, con serenidad, aunque el tema fuera de los más espinoso. Y yo no entendía cómo podía mantener ese tono “calmado” cuando a mí me estaba destrozando por dentro. Me había quedado en blanco, la mandíbula iba a llegarme al suelo si dejaba de apretar mis labios. Y no sabía qué hacer. Podía llorar y gritar como una posesa. Podía también derramar mi café en su cabeza a ver si le quemaba o darle con la cafetera en la cabeza. Tenía ganas de preguntar si todo eso no era más que una mala broma o ponerme como una neurótica y obligarlo a que dejara las idioteces.

Pero no era una gilipollez, era muy real...

Apreté aún más los labios. No podía hablar. Es que no me saldría ni la voz.

Nunca imaginé que nuestra historia se terminara y menos aún por una tercera persona.

Tenía que salir de allí, correr y correr hasta que me faltara el aire. Lo miré dejando que saliera a flote la rabia que estaba empezando a sentir, cogí un poco de aire mientras pensaba que si alguien tenía que salir corriendo de allí, ese era él.

Sobre todo porque el alquiler estaba a mi nombre, vaya...

Pero ese era un tema sin importancia en ese momento. Lo importante era lo que significaba lo que me había dicho. Estaba con otra. Me estaba engañando con otra y nuestra historia se iba a la mierda.

Mi vida estaba rota.

Y por más que imagines que algo así puede pasar, nadie, pero nadie, está preparado para ver cómo su mundo se desmorona. Nadie sabe cómo actuar cuando tu pareja te dice que se enamoró de otra y que lo vuestro se acaba.

Y tú te sientes como la última mierda...

Me sentía decepcionada, sentía cómo el odio me invadía. Y, cómo no,

también sentía pena por todo eso, sobre todo por mí. Qué sería de mi vida ahora era lo que me preocupaba.

Pero el pensamiento que más fuerte tenía era el de cómo no vi lo que estaba ocurriendo. Cómo no pude ver que me estaba engañando con otra. ¿Tan ingenua era o tanto confiaba en él? ¿O en nosotros?

—Entiendo que no quieras hablar conmigo. Haré la maleta y me iré. Siento mucho todo esto, pero los sentimientos... No pude luchar contra ellos —dijo mirándome y yo seguía casi sin poder reaccionar. Estuve a punto de llamarlo gilipollas y de cagarme en la madre que lo parió. Eso era la vida real, no una telenovela para decir las cosas con esa “tranquilidad”.

Pero tenía que seguir en silencio, no decir nada porque miedo me daba a mí misma de lo que pudiera salir de mi boca. De todas formas, dijera lo que dijera, nada iba a cambiar la situación.

Él se había comportado como un cerdo y yo no iba a rebajarme a decirle una sola palabra ni a preguntar un simple por qué.

Me seguía dando la sensación de que tenía cada frase que me decía ensayada y que era el guion que iba a seguir. Y si yo hablaba... ¿Para ponerme a llorar por la rabia? No, gracias. No le daría esa satisfacción. Tenía que seguir así, comiéndome el torbellino de pensamientos de mi mente, en silencio. Bastante tenía ya con ser la cornuda como para rebajarme aún más.

Menos mal que una tenía ego y eso me ayudó, con el orgullo, a poder mantenerme así.

Las cosas eran como eran y yo no iba a intentar convencerlo de que siguiéramos juntos, tenía mi orgullo y ese tipo de traición era algo que no perdonaría en la vida, por más que lo quisiera.

Y lo quería, mucho, nunca esperé algo así de él.

Y una mañana como otra cualquiera él aparece y me dice que lo nuestro se termina porque se enamoró de otra más, con la que me ha estado engañando. Que nuestra vida, con nuestros planes, se termina.

Y me lo tuve que comer en silencio, aunque los cuernos me pesaran.



Encendí un cigarro y le di un sorbo al café. Vi cómo salía de la cocina e imaginé que iba a preparar su maleta. Viendo lo ensayada que tenía cada frase, lo raro era que no las tuviera listas ya...

Saboreé el café y suspiré. Me encantaba, desde pequeña. Lo tomaba a escondidas. No siempre era fácil porque las monjas del centro donde vivía siempre estaban encima de mí, pero una les buscaba las vueltas para hacer travesuras. Y beber café siendo niña era una de las mías.

Y si podía mojar un trozo de pan en él, mejor que mejor.

Pero ese día el café se me estaba atragantando.

Ese día el café era sinónimo de la pesadilla que estaba viviendo.

Dejé la taza a un lado, sentía un nudo en el estómago.

La vida era una mierda y mi mundo se había hundido con una sola frase. El hombre al que amaba me dejaba por otra. Así, tan simple como eso.

Oí entonces cómo abría los cajones, preparando su maleta. En pocos minutos estaría fuera de la casa. Él y todo nuestro mundo terminado.

Y suponía que en el momento de salir por la puerta, él se sentiría libre.

No tardó mucho en meter sus cosas en el coche, quizás estaba ella fuera esperándolo... Me pasé las manos por la cara, frustrada.

Escuché el ruido de las llaves y lo miré, entonces frente a mí, había dejado las llaves en la mesa de la cocina y miró por la ventana. Al parque. Ese lugar que tanto había significado para nosotros. La de horas que habíamos pasado allí, besándonos, tocándonos... La de sueños que habíamos planeado allí...

Y por ese elegimos alquilar aquel lugar.

Y ahora, me quedaba yo sola allí, mirando a ese parque, nuestro confidente.

Se quedó en silencio, solo mirando por la ventana. No sabía qué podía estar pensando en ese momento.

—Si necesitas algo de mí algún día o solo hablar... Sabes mi número.

Y sin decir nada más, se marchó. Cerrando la puerta y, con ello,

terminando con nuestra historia.

Yo seguía en silencio, siendo incapaz de emitir sonido alguno. Quizás estaba en shock. No podía moverme. Ni llorar.

Quizás si llamaba a mi amiga y le contaba las cosas... Pero no, ¿qué iba a decirle si ni siquiera era capaz de apaciguar mi mente en ese momento?

El hombre al que amaba se había marchado, enamorado de otra. Mi vida acababa de terminar. Mis sueños... Mis sueños con él ya no tenían sentido. Nuestra historia dejaba de ser.

Tantas veces que dijimos que eso no nos pasaría a nosotros mientras veíamos cómo la gente cercana vivía fracaso tras fracaso.

Pues sí, también nos pasó.

Y de la forma más dolorosa para una mujer.

Nos llevábamos bien, más que bien. Y en la cama mucho mejor. ¿Cómo había podido ocurrir algo así?

No podía entenderlo, en ese momento nada tenía sentido, pero esa era la realidad que me tocaba vivir.

Suspiré y me fui hacia el dormitorio. Abrí los armarios y vi que se había llevado sus cosas. Todo. No se había dejado olvidado ni uno de los CD's de su colección. Es que se había llevado hasta los míos.

Resoplé y puse los ojos en blanco. En fin...

Paseé por la casa, ya no había nada de él, era como si nunca hubiera existido. Solo estaba yo, sola en aquel piso. Jodida, muy jodida por lo que estaba viviendo en ese momento. La vida se había encargado de darme un buen palo, de esos que no olvidaría nunca.

Me había tocado a mí, quién lo iba a decir...

Recordé cómo en el pasado había rechazado a todo el que se acercaba a mí, solo tenía ojos para Joel. Hasta a un chico que hoy en día era político conocido rechacé por él. Pudiendo tener mi vida solucionada, elegí a ese gilipollas que me había puesto los cuernos y había elegido a la otra.

Me había dejado sintiéndome como una mierda.

Cuando salí del centro donde había vivido desde pequeña, empecé a trabajar como secretaria para un bufete de abogados, me independicé y conocí a Joel.

Mi vida nunca fue fácil, sobre todo mi infancia, si es que podía decirse que la tuve... No al menos como la tuvieron los demás. De todas formas, las monjas siempre estuvieron ahí intentando darme todo lo que podían en ese convento que se convirtió en mi hogar durante muchos años.

Ese convento que se había convertido en un orfanato para niños y niñas como yo.

Cuando Joel y yo nos conocimos, tardamos como un año en irnos a vivir juntos. Siempre me consentía, saber sobre mi pasado y que no había tenido familia había hecho que él se comportara así conmigo.

Y las dudas sobre por qué estaba yo así en la vida, sola, era algo que desde pequeña había hecho mella en mí, haciendo crecer la incertidumbre sobre mi vida y mi futuro. Pero al final me acostumbré a vivir con eso, no me quedaba más remedio.

No tenía recuerdos, ni fotos con nadie de mi familia, ninguna referencia de adónde pertenecía realmente. Las monjas habían guardado alguna foto en la que yo salía sola y una medalla de oro con mi nombre grabado y, por detrás, el día en que nací. Eso era todo lo que conservaba de mi pasado.

La sensación de soledad me había acompañado siempre. Y en el momento que estaba viviendo, cuando Joel se había marchado, esa sensación volvía a crearse nuevamente en mí y con mucha más fuerza que nunca.

No me lo esperaba, pero era normal si se tiene en cuenta que Joel había mitigado el que yo sintiera eso. Pero ahora él no estaba tampoco.

Volvía a estar sola en la vida.

Y quizás ese era mi destino por siempre.

Aunque había conseguido estabilizar mi vida en el plano laboral, en mi vida privada las cosas se acababan de derrumbar, como si un huracán pasara por mi lado, destruyéndolo todo.

Y tenía que reponerme, como lo había hecho siempre. Solo que el daño que me había hecho Joel no sería algo fácil de superar. Me costaría superarlo porque hasta hacía unos minutos todo era felicidad y allí me encontraba en ese momento, sola, engañada. Completamente traicionada.

Los pensamientos no dejaban mi mente en paz ni unos segundos. Decidí salir a la calle y pasear un poco.

Madrid era una ciudad caótica, pero en un momento así eso me vendría bien. Gente por todos lados, decenas de sitios a los que ir para intentar parar el torbellino que era mi mente.

Y lo haría sola...

A Joel no le ese caos en que se convertía la ciudad, cuando yo quería ir de compras, le entraba de todo por el cuerpo. Pero ahora ya no importaba lo que le gustase a él o no, solo era yo y me apetecía hacerlo. Pasear, comprar si quería y olvidarme de la mierda de realidad que estaba viviendo. Ya me daría de nuevo con ella de bruces cuando volviera a entrar en mi casa.

El teléfono sonó dentro de mi bolso y sonreí al ver en nombre de María. Había pensado en llamarla y no me había atrevido, pero ya que llamaba ella...

—Hola, María —y sin poderlo evitar, sollocé y me puse a llorar.

—Marta... ¿Pero qué te pasa? No me asustes —ya la oí en alerta.

—Joel me ha dejado. Se ha ido —los sollozos apenas me dejaban emitir sonido alguno, me temblaba la voz demasiado y las lágrimas caían por mis mejillas, no podía controlarlas, ya lo había hecho durante demasiado tiempo mientras que las palabras de Joel habían terminado con nuestra historia juntos. Y yo no iba a controlarlas más, tenía mucho que sacar. Necesitaba hacerlo y sabía que con María podía.

—¿Dónde estás? Voy a buscarte y me explicas —dijo firmemente.

—Paseando por la ciudad, estoy cerca de la Puerta del sol.

—Está bien, pues nos vemos en la cafetería de siempre. No te muevas de ahí, tardaré lo mínimo que pueda.

—Vale, nos vemos ahora —sollocé de nuevo.

Pero esa vez de alivio, sabiendo que en unos minutos ella estaría junto a mí, que me ayudaría con todo ese torbellino de sensaciones que estaba viviendo. Ella me conocía mejor que nadie, todo mi pasado, conocía mi mente mejor que yo misma. Mis cosas buenas y mis cosas malas y siempre, en cada momento de mi vida, estaba ahí conmigo. Apoyándome.

Me senté en la cafetería donde tenía que esperarla, siempre que estábamos cerca de allí, íbamos a la misma. Me puse en una de las mesas de fuera para poder fumarme un cigarro. O dos. O tres...

Le pedí un café al camarero y encendí el cigarro. Me decía a mí misma que me relajara, que tenía que dejar de llorar, pero no era tan fácil.

Dos cigarros más, el café bebido y las lágrimas seguían por mis mejillas.

—Mi niña, ¿pero qué ha pasado?

Suspiré al oír la voz de María, no me giré, sino que acepté el abrazo que me dio por detrás. Un beso en la mejilla pidiendo que me relajara y cuando se sentó frente a mí y la miré a los ojos, a la vez que sentía alivio por tenerla cerca, no puede evitar volver a llorar a lágrima viva.

—Por dios, tienes que relajarte —dijo con tristeza, pidió un café para ella, otro más para mí y me miró a los ojos—. Pues ya era hora... —suspiró.

—¿Ya era hora de qué? —no entendí.

—De que lo hiciera.

—¿Que hiciera el qué?

—De que te dijera la verdad, Marta.

Pues en ese momento, con esa frase, entendía aún menos de lo que estaba hablando. Me quedé mirándola, porque no podía ser que...

—Creo que no me estás entendiendo —le dije lentamente—. He dicho que Joel me ha dejado.

—Sí, eso entendí —afirmó con la cabeza—. Y ya era hora de que lo hiciera.

—¿Que ya era hora? No te entiendo...

—No, ya veo que no. Pero por más que yo he intentado que te dieras

cuenta de maneras más sutiles... Y no tan sutiles porque ni con carteles de neón te enterarías, ni aunque los llevara él y pusiera “Marta, lee esto, te estoy engañando”. Ni así lo verías —resopló—. Así que sí, ya era hora de que lo vieras. Porque pensaba que te ibas a morir ciega.

Suspiró, esperó a que el camarero nos dejara los cafés delante y bebió un sorbo antes de mirarme fijamente.

—¿Me estás diciendo que tú sabías que me estaba engañando con otra? —pregunté lentamente, intentando no gritar, pero no valió de nada, mi voz terminó con más volumen del que quería, llamando la atención de la gente que estaba cerca. Me puse roja y carraspeé, vaya vergüenza.

—Sí. Como lo sabían todos. Menos tú. Estabas tan ciega que aunque lo hiciera delante de ti, no lo verías.

—No puede ser... —negué.

—Sí que puede ser. Y él te ha dejado. Así que ahora no tienes que fingir no saber por qué. Él se tiraba a todo bicho viviente y todo el mundo lo sabía. Pero si ni aún así quieres verlo... Pues nada, sigue en tu burbuja.

—Pero...

—No querías verlo, Marta. Y dios sabe que he intentado mostrártelo de todas las maneras posibles. Pero bueno, ya lo has visto, ya la burbuja explotó y yo no puedo decir que lo siento porque me alegro de que, aunque tarde, haya ocurrido.

No me lo podía creer, ¿en serio todos lo veían menos yo? Eso parecía al escuchar lo que me estaba diciendo. Vaya, que más claro ya no me lo podía decir, la verdad.

—¿Por qué no me dijiste directamente lo que estaba pasando? —le pregunté con tristeza.

—¿De verdad estás segura de que no lo hice? —se me quedó mirándome, sus cejas elevadas y su rostro serio.

—Sí lo estoy. Si lo hubieras hecho, yo...

Pero cerré la boca y me callé. En ese momento se me vino a la mente una

nota que María me había escrito hacía tiempo atrás.

—Recordaste... —dijo sin dejar de mirarme.

—María, pero...

—No es tu culpa, Marta. No quiero que pienses nunca que es culpa tuya. Y no quiero verte llorar por el gilipollas ese. No lo hagas delante de mí, te lo pido por favor, porque me puedes encabronar si te veo soltar una sola lágrima por ese desgraciado.

Sé que todo esto te duele, lo entiendo, pero dime una cosa: ¿vas a dejar que se salga, como siempre, con la suya?



## Capítulo 2

Era domingo y despertaba sola en mi cama. Me tendría que acostumbrar a ello.

Aún triste, pero hablar con María me había ayudado mucho. Me había dado fuerza y sentía que podría con lo que me tocaba vivir. Aunque me sentía algo estúpida por no haber visto las cosas, suponía o quería creer que aún después de todo, terminar mi relación con ese gilipollas sería un nuevo comienzo para mí. Me quedaba aún muchas cosas que vivir aunque no fueran con él.

A lo mejor hasta tenía que agradecerle al imbécil lo que me había hecho.

Y tenía que pensar en disfrutar cada instante que viviera desde ese momento.

El día estaba precioso, el sol en lo alto, calentando ya el ambiente. El parque se veía... Perfecto. Era como si algo hubiera cambiado, no sé, las cosas se veían como más bonitas, con un brillo diferente. Sonreí. La tristeza que vivía por lo que me había hecho Joel me ayudaba, quizás, a apreciar otras cosas en las que antes ni me fijaba.

Y tal vez tener un futuro mejor. ¿Por qué no? Podía soñar con ello.

Porque, a pesar de todo, la vida seguía. Los niños corrían por las calles, llenando el ambiente con sus risas. Nada se había parado, ni siquiera mi mundo. Iba a salir adelante. ¿Sola? Pues sola.

La conversación con María se repitió de nuevo en mi mente y volví a sonreír. Tenía suerte de tenerla a mi lado y sabría que con ella cerca, todo



sería mucho más fácil de sobrellevar.

Y que mi vida seguía.

*“Tú te lo pierdes, gilipollas”, pensé antes de ir a por mi taza de café. Él era el que había perdido, porque yo merecía la pena. Iba a ponerme en modo orgullosa, con la cabeza en alto, haciéndome valer. Y no mentía. Conocía muy bien mi valor. El que ya tenía por el simple hecho de ser mujer.*

Preparé mi café y eché un rato revisando las redes sociales, riendo por las ocurrencias de la gente. Solía compartir esos momentos con él, pero desde ahora lo haría sola. Y ya es que me daba hasta igual, así los disfrutaría mal.

Tal vez mi actitud fuera una forma de autoconvencerme, pero me estaba funcionando de maravilla. “Anda y que te den”, pensé.

Seguí con mis cosas, con mi café y enfrascada en mi mundo. Tardé en darme cuenta de que tenía un mensaje de alguien que no era contacto mío. Abrí la conversación y lo leí.

*“Hola, Marta. Perdona mi atrevimiento, pero me apareces como sugerencia de amistad y al ver tu foto... Te conozco. Nos hemos visto en el bufet de abogados donde trabajas y me ha hecho ilusión encontrarte. Espero que no te sienta mal que me haya tomado la libertad de hablarte.”*

Entré en su perfil y miré un poco. Sí, lo conocía. Era Ángel, un chico que había visto allí, como él decía, con una sonrisa impresionante.

Si recordaba bien, estaba en proceso de divorcio. Lo había pasado muy mal, su mujer lo dejó de un día para otro, lo mismo que estaba viviendo yo en ese momento. Con la diferencia de que yo no me había casado, eso que me había ahorrado. Papeleo y mierdas, siendo claras.

Y a saber si no acabaríamos en juicio. No me apetecía nada tener que encontrármelo en los tribunales, peleando a saber por qué.

Por mi trabajo, había visto de todo. Familias destruidas, auténticos dramas. Sufrían los maridos, las esposas, los hijos. Siempre había dolor, ira, ganas de joder al otro sin importar nada más. Solo la venganza.

Como con Ángel. Como lo que había vivido él. Un divorcio nada fácil.

Los divorcios o las separaciones deberían de ser más sencillas. Pero

cuando entran factores como el dinero... Las propiedades, los bienes y hasta la custodia de los menores se convierten en excusas para joder al otro. Y los abogados viven de cosas así.

Aunque bien es cierto que no todas las rupturas llegan a ese extremo. Pero...

Miré de nuevo el mensaje y le contesté, ¿por qué no? Había sido educado y no había nada de malo en que habláramos, ¿no?

*“Hola, Ángel. Me acuerdo de ti y no te preocupes, no me ha molestado tu mensaje. Al contrario, me ha alegrado saber de ti. Espero que todo vaya bien, que las cosas estén mejor. Siento lo que tuviste que vivir, de verdad. Sobre todo ahora que no estoy en mi mejor momento... Un saludo.”*

Puse los ojos en blanco cuando le di a enviar. No tenía que haberle dicho que estaba pasado por un momento “no muy bueno”. Pero en fin, ya estaba enviado...

Era la verdad, no había por qué ocultarlo.

Me puse a mirar de nuevo sus fotos, esta vez algo más detenidamente. Era guapísimo y sabía, por experiencia, que también simpático. Y eso pareció no ser suficiente para que su exmujer se quedara a su lado. la vida era algo injusta. “Y esa tía gilipollas por dejar escapar a un tío así”, pensé. Menudo bombonazo...

No tardó mucho en que sonaran las notificaciones, me había respondido.

*“Eso por fin terminó. Me ha costado, pero por fin conseguí cerrar el capítulo. Tal vez el libro. Ya quedó en el pasado, como si no hubiese ocurrido nunca.”*

Siento saber que estás pasando una mala racha y espero que todo esté bien pronto.”

Yo le contesté rápidamente.

*“Me alegra oír que todo va bien. Al final todo se arregla, o eso dicen. No hay mal que dure cien años. Me alegra ver que todo quedó atrás y que ahora estás feliz.”*

Él lo había conseguido, ya había superado todo eso y en el fondo me daba un poco de envidia el que se sintiera en paz. Me gustaría estar con él, pero yo

aún necesitaba tiempo. Rezaba para que todo pasase rápido y pudiera decir lo que él, que era pasado, enterrado y que sonreía de nuevo, con ilusiones y feliz.

Acepté la solicitud de amistad que me acababa de mandar y leí su siguiente mensaje.

*“Me has dejado algo preocupada. ¿Estás bien, Marta?”*

Pues a ver cómo respondía yo a eso sin entrar en detalles...

*“La verdad es que no demasiado bien, podría estar mejor. Pero me pasará como a ti, supongo, el tiempo ayudará. Son cosas que tenemos que pasar en la vida, pero ningún mal es eterno. El tiempo lo cura todo. No te preocupes por mí, Ángel. Mi pareja y yo rompimos, no es nada grave.”*

*“Lo siento, Marta. Sé cómo se siente algo así. Estoy aquí si necesitas algo y tienes razón, el tiempo es la mejor medicina. Y aunque ahora te agobien las preguntas sin respuestas, todo se colocará en tu mente donde debe, quitando esa ansiedad que seguramente sientes. Te lo digo por mi experiencia. Y si me admites un consejo... Dedícate a ti. Haz las cosas por ti. Todo tu tiempo para ti. Y verás como las heridas curan más rápido de lo que imaginas.”*

Era lo mismo que pensaba yo. Pero ese tiempo, mientras pasaba, iba a resultar agónico. No quería tardar mucho en recomponerme, necesitaba salir cuanto antes de ese pozo en el que por minutos sentía que me ahogaba.

*“Gracias, Ángel.”*

*“No tienes por qué dármelas. Si necesitas algo, hablar o lo que sea, solo háblame, estaré aquí y encantado de poder ayudarte. Sé cómo te sientes y que a veces se necesita un hombro sobre el que llorar.”*

Sus palabras me hicieron llorar. Me serví otra taza de café y me la tomé mirando por la ventana. El parque lleno de vida, algunas parejas paseando.

Joel y yo habíamos pasado tanto tiempo ahí... Hablando de todo. De nuestra vida juntos. De nuestro futuro.

Y eso ya no era. Simplemente no era.

Miré el banco donde solíamos sentarnos y hablar de todos esos sueños que ya nunca se convertirían en real. Nos habíamos besado tantas veces ahí... Nos habíamos tocado. Nos habíamos excitado hasta el extremo.

En pasado, sí, porque eso ya jamás sucedería de nuevo.

El corazón me dio un vuelco, dolía, literalmente. Era como si la pena fuera a apoderarse de mí. Pero no, eso no podía dejar que sucediera.

*“Eres un gilipollas, Joel”, pensé. Se iba a arrepentir de lo que había hecho, eso lo tenía más que claro.*

Me di la vuelta, ignorando ese parque, a ver si así dejaba de comerme la cabeza.

Bebí mi café, me tumbé en el sofá. Era lo que me apetecía hacer ese día: nada. solo estar ahí, a solas conmigo misma.

A las doce de la mañana seguía así, tumbada en el sofá, sumida en mis pensamientos.

Cogí la Tablet y me puse a mirar las redes sociales de nuevo. ¿Y por qué me salía en ese momento tantas parejas felices? Mierda, no era momento para ver algo así, que me iba a dar depresión. Todos felices menos yo. Yo estaba en la mierda o así era como me sentía. En otro momento habría sonreído con algo así, pero en ese... No era precisamente la mejor medicina, solo hacía ver cómo de mal estaba mi vida en ese momento.

En ese momento me hacían sentir triste y hasta sentía rabia ver tanta felicidad en pareja.

Suspiré al pensar en todas las fotos que tenía con Joel en mi muro. Fotos que ya no eran nada, fotos que tendría que borrar. Fotos donde la gente nos felicitaba por cuánto nos queríamos o por lo buena pareja que era. Gente que seguramente sabía de más cómo era él y que en el fondo, al verme a mí en esas fotos, pensaría: “pobre y ciega diablo.” Y eso era lo que más rabia me daba.

Me sonó una notificación, miré y Ángel me había etiquetado en una publicación.

*“No olvides que tu sonrisa es suficiente para iluminar el mundo. Feliz día, Marta, no dejes que nada la apague.”*

Sonreí por el detalle que había tenido con esa preciosa frase y no podía menos que interactuar dándole a me encanta. Le respondí en la publicación con “Ten un buen día” y seguí sonriendo, había sido más que un bonito detalle por su parte.

Y, por qué no decirlo, me había hecho ilusión el sentirme de nuevo como si tuviera quince años. Emocionada. Pensando, por un momento, que él podría buscar o querer algo más conmigo... Deseché ese pensamiento, no era el momento para pensar en algo así, no iba a ilusionarme por un mensaje que no debía de significar nada más, no iba a darle alas a mi imaginación.

Pero me había hecho sonreír con ese pequeño gesto que no había sido nada insignificante para mi alma. Con lo que estaba viviendo, eso era un rayo de luz a la esperanza.

Un día más, no iba a dejarme llevar por la pena, no iba a estar pensando tampoco en el gilipollas que me la provocaba ni iba a derramar una simple lágrima por él. Iba a disfrutar de mi día libre, iba a arreglarme y a salir para vivir.

Estaba guardando el móvil en el bolso cuando me sonó otra notificación. Era de Ángel.

*“Me gustaría ver esa sonrisa y cómo iluminas todo. Nunca dejes de sonreír.”*

No, no lo haría, volví a sonreír de nuevo, el chico era un buen poeta. Reí y negué con la cabeza. A todas nos gustan gestos así, cariñosos, galantes. Y si me ponía a hacer memoria, nunca había estado con un hombre como él. Siempre me había fijado en los chulos, en los tipos duros que no tenían demasiados detalles conmigo. Ni siquiera un simple mensaje como hacía Ángel.

Y gustaba sentir algo así de bonito.

*“Gracias a tus mensajes me he arreglado y me voy a la calle a pasar mi día libre por ahí. No me quedaré encerrada en casa llorando las penas. Mejor una cerveza en El Sainete, las mejores de la ciudad.”*

De nuevo gracias por tus mensajes, me encantaron y te lo agradezco porque me han animado. Y tranquilo, que salgo con una gran sonrisa en la cara.”

No tardó mucho en responderme.

*“Así me gusta, la sonrisa que no desaparezca. Me parece muy bien que*

*no te quedes en casa. A ponerse más guapa de lo que ya eres, a lucir tipo. Tienes que dejar las penas a un lado, salir a comerte el mundo. Deja que la gente se contagie de tu energía y sobre todo deja que te miren. No hay nada mejor que contemplar a una bella mujer y perdona que te lo diga, pero eres hermosa.”*

¿Que lo perdonara? Era educado hasta para decir piropos. Era un caballero, no como Joel... Ese nunca me había dicho nada así, nunca me había hecho ponerme roja con un cumplido. Y ahí estaba Ángel, ese chico que en dos frases me hacía sonrojarme y, lo que era peor, sonreír como tonta.

Pensé en las palabras de María y sí, había estado más que ciega con no ver la verdad sobre el hombre con el que compartía mi vida. Pero, si servía de consuelo, ya la había visto, aunque fuera de la peor manera que me pudiera esperar.

Caminé hasta la estación del metro, sumida en mis pensamientos. La ciudad, como siempre, llena de vida y yo iba a unirme a ellos mientras me tomaba una cerveza a la salud del gilipollas de mi ex.

Llegué a la cervecería, me senté en una de las mesas de fuera que se quedó libre, pedí mi cerveza y me encendí un cigarro mientras veía a la gente pasar. Imaginaba, mientras tanto, las historias de sus vidas. Una que tenía demasiada imaginación. Yo misma me reía con mis ocurrencias.

Me gustaba compartir ese juego con alguien, pero ahí estaba, haciendo sola y disfrutando de ello por la cantidad de burradas que se me pasaban por la mente.

El camarero trajo mi jarra de cerveza y aproveché para pedirle un pincho que no tardó mucho en llegar. Fui a darle un bocado cuando lo vi frente a mí...

—Me dijiste dónde estabas —dijo con una preciosa sonrisa en su cara.

Me quedé blanca al verlo, se acercó a mí, me levanté para darle dos besos. Me preguntó, con gestos, si podía tomar asiento y asentí rápidamente con la cabeza. Por supuesto que podía sentarse conmigo.

—¿Y tú aquí? —no sabía ni qué decir...

—Quería verte, quería comprobar que no estabas triste y que estaba bien,

siento si te molesté —dijo azorado.

—No, tranquilo, está bien —sonreí y él le hizo señas al camarero, quien se acercó y anotó su pedido—. No está siendo fácil, la verdad, pero ya sabes de lo que hablo. Aún así no iba a quedarme metida en mi casa para comerme aún más la cabeza.

—No, eso nunca. Tienes que salir. ¿Hace poco que ocurrió? —se refería a mi ruptura.

—Nada, solo hace horas —no pude evitar la tristeza en mi voz al recordar cómo el gilipollas había terminado con lo nuestro—. Y no quiero hablar de ello... —dije casi rogando.

—A lo mejor no es definitivo... —cogió la cerveza cuando el camarero se la trajo y bebió un trago.

—Oh, pero ya te digo yo que sí lo es... —hice una mueca— Me engañó con otra y se fue con ella —ya estaba, ya lo había dicho.

—Mierda... Lo siento, Marta...

—No importa, pero no me apetece hablar de ello. Mejor hablemos de ti, ¿cómo estás?

—Bien, con mi nueva vida. Tampoco ha sido fácil acostumbrarme a estar soltero de nuevo. El trabajo ha ayudado y no quedarme en casa con la pena también —sonrió—. Ni un fin de semana —rio.

—Qué envidia —reí—. Hace años que no salgo de fiesta y sola ni te cuento.

Joel y yo solíamos salir los fines de semana pero poco más que una cena, una copa o a casa de algunos de nuestros familiares o amigos. Lo que se decía una noche loca de desfase... Eso ya ni lo recordaba. Y sola aún menos, todo lo que hacía era con él.

—Pues eso hay que arreglarlo. ¿Cuándo quedamos para tomar algo? —rio.

—Ya veremos —reí yo—. Cuando me acostumbre a mi nueva situación.

—Espero que no tardes mucho —me sacó la lengua, haciéndome reír de

nuevo.

Se nos pasaron las horas allí, hablando de todo, riendo como si nos conociéramos de toda la vida y nos contáramos anécdotas. Ese chico era más que un encanto y bastante educado. Me gustaba su forma de ser, para qué mentir. Tenía algo que me llamaba mucho la atención.

Nos despedimos y nos dimos nuestros números de móvil para llamarnos y quedar algún día, a un café o a unas copas, ya veríamos.

Cuando regresé a casa, después de comprar algo para cenar, ya era tarde. Me di un baño con sales relajantes y me senté en el sofá con mi cena lista.

Estaba todo demasiado reciente y en momentos así, de soledad, recordaba momentos vividos con el gilipollas de Joel. Tendría que superar y olvidar todo eso. Sabía que no iba a ser fácil, pero pensar en su traición y la rabia que eso me provocaba me ayudaría a hacerlo.

Ya cenada, en la cama, con mi Tablet revisando las redes sociales... No pude evitar entrar en el perfil de mi ex y mirar su muro.

Y en ese momento me puse a llorar.

Su foto de perfil ya no era la misma, ahora era con otra chica, con esa con la que me había estado engañando. Por ella me había dejado...

Lloré sin poder controlarme hasta que ocurrió algo dentro de mí, como si le diera a un interruptor y todo cambiara, no sabría explicarlo. Pero la rabia se apoderó de mi cuerpo, me limpié las lágrimas y dejé que todo saliera. Estaba muy enfadada, pero conmigo misma. Por estar llorando por ese gilipollas después de lo que me había hecho. Él había destrozado nuestra historia y yo estaba ahí, como un alma en pena. No era justo. Y me odiaba por ello. Él no merecía ni una maldita lágrima.

Todo lo que vivimos era una farsa, me había engañado y yo estaba ciega.

Pero eso ya no era así.

Y yo no podía derramar más lágrimas por un hombre que no merecía la pena.

Me sonó el móvil y miré la notificación. E idiota de mí, en ese momento,



por unas milésimas de segundo, imaginé que era de Joel pidiéndome perdón y otra oportunidad.

¿Se podía ser más patética?

*“Ya está bien, Marta, no seas patética. ¿Tan poco vales como para pensar eso?”*, me dije con rabia.

Entré en WhatsApp y no era de Joel, el mensaje era de Ángel.

*“Soy Ángel, ya te tengo fichada por aquí. Y espero que sea por mucho tiempo porque puedes bloquearme cuando conozcas lo pesado que soy.”*

Me reí, no pude evitarlo. le respondí rápidamente.

*“A lo mejor me bloqueas tú antes porque estando depresiva puedo ser más que insoportable.”*

*“Nunca digas eso, Marta. Ni tienes depresión, ni dejaremos que la tengas ni mucho menos yo te bloquearía nunca. Así que puedes molestarme cada vez que quieras, a casa hora. Contarme todo lo que se te pase por la cabeza, hasta tus secretos más oscuros. Lo que quieras o necesites porque yo estaré aquí. Y no quiero saber que te sientes sola o triste por nada.”*

*“Gracias, Ángel. Pero no te preocupes por mí, yo saldré de esta. Podré.”*

*“Sé que lo harás. Y él es un gran idiota por perder a una mujer como tú. Él perdió, no tú.”*

Ángel no me conocía, pero esa frase, cumplido o no, me había tocado dentro. Sonreí antes de responderle.

*“Ves más en mí de lo que es, Ángel.”*

*“Veo lo que es, Marta. Y el tiempo te lo demostrará.”*

Releí el mensaje, suspiré y decidí darle las buenas noches.

*“Buenas noches, Ángel, que descanses.”*

*“Nos vemos. Descansa y sonríe.”*

Sonríe... En ese momento no tenía ganas, la rabia por recordar lo que Joel me había hecho me tenía aún encendida. Cerré los ojos, enfadada y solo rezaba por no soñar con él. No quería pesadillas, solo quería descansar.



## Capítulo 3

Me levanté cuando sonó el despertador. Tomé una ducha rápida para despejarme y preparé mi taza de café para salir de casa, con rumbo al trabajo.

La vida seguía y daba igual lo mierda que te sintieras, nada iba a dejar de funcionar y yo tenía que volver a la “normalidad”. Tenía gastos, así que no trabajar era imposible.

Joel se había marchado, me había dejado, pero yo tenía que seguir con mi vida. Y como me decía Ángel en sus mensajes, había que hacerlo, aunque doliera, con una sonrisa en la cara.

En Madrid siempre hay que ir con prisas y eso hice. Y aunque te acostumbras a ese tipo de vida estresante para llegar a tiempo a los sitios, tampoco había que confiarse que no era igual llegar dos minutos tarde que una hora. Así que centrada en mi trayecto, centrada en seguir con mi vida.

Me monté en el coche y me uní al tráfico de la ciudad. Escuché cómo mi móvil sonaba con un mensaje y cuando me paré en un semáforo, lo miré. Era Ángel.

*“Buenos días. Solo quería saludarte y desearte un feliz día. Un abrazo.”*

Siempre tan atento...

Sonreí de nuevo, como siempre me pasaba cuando me escribía. Leer algo así a primera hora de la mañana te alegraba bastante el día. Iba a pasarlo mal cuando dejara de tener esos cariñosos mensajes de él.

*“Buenos días, Ángel. Otro abrazo enorme para ti. Feliz día.”*

Era lo menos que merecía después de todas las molestias que se estaba tomando conmigo. Me pasé lo que me quedaba de camino pensando en él, hasta que la imagen del gilipollas de Joel me cambiaba el humor, me hacía sentirme triste y con rabia de nuevo.

Había pasado muy poco tiempo, todo era muy reciente, pero tenía que poner de mi parte para quitármelo rápidamente de la cabeza. Sobre todo de borrar la imagen de él con la mujer por la que me dejó.

¿Por qué lo hizo?

¿Por qué me engañó?

¿Qué tenía ella que no tenía yo?

Estábamos bien, o eso creía. ¿No podía haberme dicho nada antes de engañarme? Y ya que ella no era la primera, ¿por qué, joder? ¿Qué no le daba yo que tenía que buscar en alguien más?

Esas preguntas me hacían daño, pero no podía evitar tenerlas en mi mente. Y la verdad era que las respuestas a todas ellas tampoco me ayudarían a superar nada.

Todo lo que había ocurrido me llevaba a otro tipo de preguntas. Después de lo que me había pasado, ¿cómo volvería a confiar alguna vez en un hombre?

Estar con alguien es amarlo. Compartir tu vida. Tus secretos. Tus sueños. Tus temores. Mostrarle y compartir lo más íntimo de ti.

¿Cómo iba a poder yo confiar de nuevo en alguien? ¿Cómo saber que esa persona no me traicionaría también?

Eso era lo peor, la inseguridad que estaba viviendo con todo eso.

Esas preguntas sí que no se iban de mi mente, me obsesionaban al crearme inseguridad.

Pensé en Ángel, en cómo de diferente era. Pero... ¿Cómo confiar en él? Después de todo...

Yo no lo conocía, lo mismo solo estaba siendo caballeroso y nada más, no debía de comerme demasiado la cabeza.

Le di voz a la música y me puse a cantar, intentando callar el caos de pensamientos que tenía en mi mente. Y el destino, que parecía que tenía ganas de reírse de mí o de joderme, no tuvo más que hacer sonar en la radio la canción favorita de Joel. Puse los ojos en blanco antes de cambiar la emisora, por ahí sí que no iba a pasar que me quedaría mal todo el día.

*“¿Cuántas veces habíamos escuchado esa canción?”, me pregunté.*

De nuevo, decenas de recuerdos vinieron a mi mente. Cuando estábamos en el coche y cantábamos a pleno pulmón, haciendo el tonto. Las veces que habíamos hecho el amor escuchando de fondo esa canción.

*“Mierda, deja eso”, me recriminé a mí misma.*

No tardé mucho más, menos mal, en llegar al trabajo. Dejé mis cosas, me senté en mi silla y me quedé mirando fijamente a mi compañera Carla.

Carla y yo teníamos una buena relación. No es que fuéramos súper amigas de salir juntas, pero sí había algo bonito entre las dos, éramos confidentes, era una persona en la que se podía confiar y era bastante respetuosa, nunca juzgaba. Su vida no había sido tampoco fácil y eso la había hecho como era, alguien que no traicionaba nunca la confianza que depositaban en ella.

Casi nadie sabía que a Carla la dejaron plantada el día de su boda en el altar. Ese sí que era un gilipollas por hacerle a alguien algo así. A ella le costó mucho superar eso. Necesitó ayuda psicológica y psiquiátrica durante meses. Por cosas de la vida, conoció un tiempo después a un chico con el que no tardó ni dos meses en casarse, tan segura estaba de él.

Nadie sabía nada sobre ese chico, yo me enteré cuando pidió sus días libres por contraer matrimonio. Me llevé una gran y grata sorpresa, me dio mucha alegría por ella de que la vida le hubiera dado una nueva oportunidad.

Cuando ella volvía de su viaje de novios, el gilipollas que la abandonó se presentó en la oficina para pedirle perdón y una oportunidad. ¡Después de haberla dejado por otra en el día de su boda!

Carla no se achantó, lo abofeteó sin importarle que estuviéramos todos delante y mis compañeros lo echaron de allí, casi a empujones, porque él no

paraba de lloriquear para que lo perdonara.

Pero ella en su sitio, como debía ser.

Seguí mirándola, sabía que ella comprendería bien por lo que yo estaba pasando.

—Joel me ha engañado con otra, me ha dejado —se lo solté sin anestesia ninguna.

—¿Pero qué...? —se levantó rápidamente para darme un abrazo — Cuéntame, ¿qué pasó?

—Pues que había otra. Me dijo que no pudo evitar sentir por ella, que no podía tapar esos sentimientos, que lo intentó, pero eran más fuertes que él — recité casi sus palabras—. Me ha dejado hecha una mierda, Carla. Se ha portado como un cabrón. Mi amiga María me dijo que ella lo sospechaba o casi lo sabía desde el principio, que intentó que yo lo viera pero estaba ciega. Me siento como una idiota cada vez que derramo una lágrima por ese gilipollas.

—Joder, no me lo esperaba. Dejarte ir a ti... No sabe lo que se pierde el muy imbécil. Sabes que entiendo lo que sientes y por eso mismo te digo que no quiero verte triste, no quiero ver que sufres. Estoy aquí si necesitas algo.

Cuando te sientas mal, piensa en mi historia. En que no todos son iguales y que en algún momento te alegrarás de lo que estás pasando porque llegará alguien que sí te merezca y que te hará feliz.

Sé que no lo crees ahora, pero confía en mí. El tiempo lo cura todo.

—Sé que será así, pero no es fácil. Se fue y yo aún estoy triste y con rabia. Y menos mal que no estábamos casados, sino... —resoplé.

—Hubiera sido peor en temas de papeles, pero el dolor sería el mismo. No te culpes, es él quien lo hizo mal, no se engaña a nadie. Hay tíos que babeen nada más ver dos tetas, ya sabes, eso de pensar con la polla les nubla las pocas neuronas que tienen por naturaleza —resopló.

—Qué asco de tíos —hice una mueca.

—No todos son iguales —sonrió—. Ahora tienes que mirar por ti. Nunca

sentirte, porque no lo eres, culpable por nada. Él es un cabrón sin importar nada de lo que tú hubieras hecho, no habrías podido cambiarlo. Sé que habrás arremetido contra ti y te habrás preguntado si podías haberlo impedido siendo de otra forma, pero eso no es justo para ti. Solo es una tortura mental y además algo falso. No pienses más, solo en salir fuerte de esto y en seguir con tu vida.

—¿Y cómo, Carla? Duele... Y ya no sé si podré algún día volver a confiar —en ese momento me acordé de Ángel y de sus mensajes.

—Eso pasará, créeme. Todo tiene su tiempo, no intentes acelerar las cosas. Además, con ese cuerpo que tienes, ahora que estás soltera, se te pegarán como moscas —rio—. Solo haz lo que te apetezca, menos si eso es hundirte en la pena por ese cabrón —me guiñó el ojo—. Disfruta de la vida. Sal, ríe, folla sin compromiso...

—¡No seas bruta! —reí.

—Todo lo bruta que quieras pero hazlo, es una excelente terapia —me sacó la lengua—. Deja el pasado atrás, enterrado. El mierda ese ya no está en tu vida. Solo mira hacia adelante. Y si necesitas ayuda... El hermano de mi marido está muy bueno, no tanto como el amor de mi vida, pero...

—Deja, deja —me moría de la risa.

—Bueno, pero si veo que te encierras en el dolor... No tardo nada en preparar una cita y llevarte por los pelos.

—Vale, pero ahora necesito un poco de relax —reí.

—Lo entiendo. Pero no pienses demasiado, ¿vale? —me dio un abrazo más y se sentó en su sitio.

Divertida con sus palabras, me puse a trabajar. Noté que mi compañera me miraba esa mañana más de la cuenta, pendiente a cómo me sentía y se lo agradecía, el estar pendiente a mí sabiendo que ella me comprendía a la perfección.

Cuando terminé mi jornada laboral, me paré en el restaurante cercano a la oficina para comer algo y para despejarme. No quería entrar en casa y que la pena se apoderara de nuevo de mí.

Ese lugar me encantaba, la comida estaba deliciosa y los precios muy buenos también. Tenían comida típica de los países del norte de Europa y la decoración te hacía sentir como si estuvieras en Suiza o algún lugar así.

Pedí una cerveza y la comida y cogí el móvil cuando me sonó un mensaje de WhatsApp.

*“¿Cómo te ha ido el día?”*

Sonreí cuando lo leí. No esperaba que siguiera tan pendiente a mí y cómo eso me gustaba.

*“Se me ha pasado en un suspiro y sonreí. ¿Cómo te va a ti?”*

*“Ser tasador para el banco no te deja mucho tiempo libre, pero eso es bueno porque se te pasa el tiempo rápidamente y no puedes pensar.”*

Me alegraba que le fuera bien en el trabajo, además tenía uno bueno y aunque estresante, como todos, estaba segura de que su sueldo lo compensaba bien.

*“Nunca vamos a quejarnos porque haya trabajo.”*

*“Nunca. Pero además del mío, estoy cubriendo a una compañera de baja, así que me toca trabajar el doble. No paro, de una casa a otra... Qué ganas tengo de que llegue el viernes al mediodía para desconectar todo el fin de semana.”*

*“Pero recuerda que uno de estos fines de semana me debes una fiesta, ¿eh?”*

*“Lucía, no te me adelantes. Estaba pensando en invitarte a cenar la noche del viernes si no tienes planes mejores que pasarla con un pesado como yo. Tomar alguna copa después. No sé, lo que te apetezca, pero hacer algo los dos.”*

Sonreí ante su invitación y le contesté.

*“¿Por qué no? Me vendrá bien salir y dejar de comerme la cabeza.”*

Me alegraba tener planes para ese fin de semana. Aunque eso no iba a hacerme superar lo que estaba viviendo ni iba a evitar que me pusiera triste de nuevo, pero me vendría bien salir. Sobre todo si era con alguien como Ángel, tan simpático y galante. Sabía que lo íbamos a pasar bien.

Almorcé, la verdad es que me harté y me fui a casa. Ya sí que me apetecía tumbarme en el sofá y pensar en... En ese gilipollas no, mejor en mi

próxima cita con el chico de la sonrisa encantadora y preciosa.

Después de una siesta corta, me levanté y me puse a limpiar un poco la casa y a organizar mejor las cosas ahora que tenía más sitio libre para mí. Estaba bien, hasta que en la radio sonó una melodía que me trajo demasiados recuerdos, haciéndome llorar de nuevo sin control, tumbada en mi cama, sobrepasada por mis emociones.

Me desperté a la mañana siguiente tan triste como me acosté la noche anterior y eso no me gustaba nada. El tiempo lo curaría, pero mientras, todo era como una agonía que no sabía cortar. Prefería la rabia a la tristeza, pero tenía que sentir ambas.

Me gustara o no, lo echaba de menos, sobre todo en la cama, cuando más sola me sentía o cuando más consciente era de lo sola que estaba. Y los recuerdos de los momentos vividos con él no ayudaban a calmar la ansiedad en momentos así, de bajón emocional y de miedo porque todo eso se alargara más de la cuenta o por el temor de no ser capaz de superarlo.

El trabajo ayudó a que dejara de pensar porque apenas tuve tiempo para ello y lo agradecía.

Ya en casa de nuevo, agotada, tras comer algo y darme un largo baño de sales relajantes, terminé tirada en el sofá y con mi mente un buen rato en blanco, dándome una tregua.

Todo perfecto mientras Joel no jodiera mi mente.

Me quedé dormida sin darme cuenta. Me despertó el timbre de la casa cuando sonó y protesté antes de levantarme y abrir la puerta para ver quién era.

—Nada como tu pelo de recién despierta —me saludó María cuando abrí.

Cerré la puerta cuando entró e intenté peinarme con los dedos mientras la seguía al comedor.

—Nada como que vengas sin ser invitada —dije con ironía.

Me senté en el sofá, a su lado y la miré con las cejas enarcadas.



—Bueno, pero invitada siempre lo estoy. Y además te avisé, pero si no miras los mensajes, tu problema —dijo señalando a mi móvil.

Cogí el móvil y leí el mensaje que tenía de ella.

*“Estate lista en una hora, iré a por ti. Necesito un vestido para una fiesta y tienes que ayudarme a elegirlo.”*

—¿De compras ahora? —resoplé, no me apetecía en absoluto.

—Sí, ya.

—Pero es que no me apetece...

—Y a mí que te apetezca o no me importa más bien poco. Yo no tengo ganas de ir a la fiesta y me joderé igual.

—Pues cosa tuya, no me metas —bostecé.

—Yo no voy a comprar ropa sola, ya me conoces. Y me da igual si te apetece o no. Te levantas, te arreglas y nos vamos, a mí no me cabrees... Porque además, no querrás que yo elija un traje para algo así conociendo mi elegante gusto para la ropa, ¿no? —eso de elegante... Sí, era ironía y puse los ojos en blanco a la vez que ella.

Terminé riéndome, no cambiaría nunca.

—A saber lo que acabarías comprándote... —reí.

—Por eso tienes que acompañarme.

—Ya veo, ya... ¿Y no puede ser mañana?

—No. Ahora. Estás soltera, Marta, no tienes mucho que hacer.

—Ese comentario jode —pero me tuve que reír.

—A ver si lo asumes pronto. Y yo no dejaré que te hundas en la pena. Así que mueve ese cuerpazo de infarto y vamos a lucirlo y a comprar algo perfecto para mi precioso cuerpo. Venga, levanta.

—Ay, espera —me quejé.

—¿A qué? ¿A que te pongas a llorar de nuevo? —señaló mis ojos, diciéndome que sabía que había estado haciendo eso.

—No lloraba por él —mentí rápidamente.

—No, es la alergia —resopló—. O eso o te fumaste tres porros, a saber.

—Ojalá —reí.

—Si quieres te hago uno —se encogió de hombros, pero ella sabía bien que yo no fumaba nada de eso.

—Mejor todos para ti.

—Vale, tú te lo pierdes. Venga, porfa, que se nos hace tarde y necesito tener el traje hoy.

—Podías habérmelo dicho antes —refunfuñé, pero me fui al dormitorio a arreglarme.

—Y te lo dije pero no miraste el móvil.

—Me debes la cena, te lo digo.

—Y echamos un polvo después si quieres también —suspiró tan desesperada por que nos marcháramos que me hizo reír.

—Te recordaré esa invitación —le guiñé un ojo cuando salí del cuarto y las dos acabamos riendo por la tontería.

La tarde fue divertida. Estuvimos de compras y elegimos un vestido perfecto para ella. Cuando llegué a casa, caí en la cama, agotada.

Y esa noche no me dormí pensando en Joel, pensé en Ángel. No había tenido ningún mensaje de él y eso era raro. Sería que estuvo demasiado ocupado...

*“¿Ahora te vas a comer la cabeza con eso?”, me recliné.*

Pero es que me extrañaba que...

A la mierda, cogí el móvil y le escribí un mensaje.

*“Hola... Solo quería darte las buenas noches. Espero que tu día haya ido bien. Que descanses.”*

Miré un rato la pantalla, pero no leyó el mensaje. Qué raro...

Puse el móvil a cargar y me dispuse a dormir cuando el móvil sonó, asustándome. Y con el corazón acelerado al pensar que podía ser Ángel quien me llamaba.

Vaya... ¿No Joel?

Era Ángel, lo vi en la pantalla y eso puso una gran sonrisa en mi cara.

—Hola... —dije con timidez.

—Buenas noches, guapísima —saludó cariñosamente y yo sonreí con

cara de quinceañera idiota—. Tuve un día liado, pero no me olvidé de ti. ¿Cómo estás?

—No tienes que justificarte ni explicarme nada, Ángel. Estoy bien, muy cansada. Supongo que tú también...

—La verdad es que sí, estoy deseando dormir, pero antes quería oír tu voz.

—Ah... —es que no me salió nada más con eso que me había dicho.

—¿Dónde estás tú?

—Ya acostada —me acomodé mejor y soné como la idiota quinceañera que me sentía, ¿pero qué estaba haciendo?

—Bien... Ahora cierra los ojos, no pienses. Solo quédate en blanco. Yo estaré aquí hasta que te quedas dormida.

—Pero Ángel... No tienes por qué hacer eso.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Hazlo o me dormiré yo antes si tardas —rio.

Me reí yo también e hice lo que me pedía. Relajándome... Escuché, en la neblina del sueño, sus buenas noches y sonreí de nuevo.

Cuando abrí los ojos, a la mañana siguiente, lo hice con esa misma sonrisa en la cara. Miré el móvil. Tenía un mensaje de Ángel. Lo leí...

*“Buenos días, preciosa. No dejes de sonreír, hoy será un gran día.”*

Cómo dejar de sonreír cuando me despertaba con un mensaje así... Le respondí.

*“Buenos días. Solo si tú tampoco dejas de hacerlo. Sonríe.”*

*“Lo hago cada vez que leo tus mensajes. Así que no dejes de escribirme. Ahora vamos a por un día más y contando las horas para la fiesta que nos espera mañana. Después te hablo.”*

*“Deseando que llegue, necesito pasarlo bien. Hablamos luego, un beso.”*

*“Uno... y todos los que quieras.”*

Y esos mensajes me dejaron una sonrisa perpetua durante todo el día. fui a trabajar con cara de idiota y volví a casa con la misma cara. No sabía qué me estaba pasando, pero estaba cada vez más idiotizada.

Ya quedaba menos para mi cita con Ángel y eso me tenía aún más sonriente. Porque ese hombre me gustaba, su forma de ser, sus mensajes, su sonrisa...

*“Mierda, no, no puedes enamorarte. Porque no es eso, ¿verdad?”*, me pregunté a mí misma.

No, para nada era eso. Y no podía pensar ahora en algo así. Solo en seguir viviendo y disfrutar lo que la vida me tuviera preparado sin pensar en demasía.



## Capítulo 4

Por fin llegó el viernes y, como no podía ser menos tras los mensajes de la noche anterior, me desperté sonriendo.

Era el día que había quedado con Ángel y sabía que iba a pasármelo bien. El día, como no podía ser menos, estaba precioso. Buena temperatura, el sol calentando el ambiente. El mundo lleno de energía.

La vida era algo extraña. Era como si ya Joel estuviera en mi pasado y ahora era una nueva cara la que se me venía a la mente. Una cara con una sonrisa preciosa.

Ese día me desperté más temprano que normalmente. Quería tomarme un café tranquilamente antes de irme a trabajar. Estaba demasiado nerviosa por lo de esa noche y necesitaba un poco de paz. Dejé que el sol entrara a raudales por las ventanas, empapándome de esa sensación de plenitud que siempre me ofrecía.

Me preparé mi taza de café, como cada día y me senté a tomármela mientras revisaba las redes sociales. En ese momento vi que tenía un mensaje de Ángel y sonreí, ya echaba de menos leerlo recién despierta.

Se estaba convirtiendo demasiado rápido en una costumbre y en realidad eso me asustaba un poco. Pero leer cada una de sus palabras era medicina para mi alma.

Y ver su sonrisa... La imagen de él de nuevo en mi mente.

Dios, me parecía que estaba empezando a tener un problema.

Paré mi mente y leí su mensaje.

*“Buenos días, guapísima. ¿Lista para esta noche?”*

Mi sonrisa estaba lista, sí...

No podía dejar de sonreír, me estaba idiotizando y todo era por culpa de él y de esos mensajes que me levantaban el ánimo. Si él me viera... Seguro que le haría feliz verme con esa cara de idiota, con ese rostro de felicidad.

Sin perder más tiempo, decidí responderle dándole, también, los buenos días.

*“Buenos días. Preparada y deseando que llegue.”*

Resoplé pensando que podía parecer algo seria o tal vez descarada o... Mierda, sentirme insegura no me gustaba en absoluto. Veía que él estaba respondiendo, bebí un sorbo de mi café mientras me llegaba su siguiente mensaje.

*“Me alegra que sea así. Yo también estoy deseando de que llegue la hora de vernos. Y el día ha despertado brillante, ¿no te parece? Tal vez es una señal para lo bien que lo vamos a pasar.”*

A lo mejor solo brilla para recordarme lo afortunado que soy por haberte conocido...

Bueno, preciosa, te deseo un gran día, no dejes de sonreír que me apagas ese sol que tanto me gusta. Te recojo a las ocho en tu puerta. No veo la hora de verte...”

Joder... Pues más relajada no me había dejado. Al contrario, me había puesto histérica. Y yo hacía demasiado tiempo que no sentía algo así.

Me quedé un rato sumida en mis pensamientos mientras bebía mi café. Tenía mucho que agradecerle a Ángel. Desde que me mandaba esos mensajes, todo parecía ser mucho más llevadero. Me sentía cómoda estando con él y eso era admirable, un gran punto para él.

Las voces de los niños en la calle me sacaron de mis pensamientos. La vida seguía su ritmo. Y mi corazón estaba ilusionándose con un hombre de sonrisa preciosa, ese que me enviaba mensajes que me animaban el día.

Y yo no quería parar eso.

Las palabras de Carla vinieron a mi mente. Sus consejos. Era algo bruta,

la verdad, pero me estaba diciendo que viviera sin pensar demasiado. Pero yo no era capaz de hacer algo así. Si tenía en cuenta el consejo de mi amiga, me acostaría con Ángel y ya. Solo sexo, sin pensar en nada más. Pero no era justo ni para él ni para mí. Y yo, a esas alturas, dudaba en que para mí pudiera ser simplemente un alivio para mi cuerpo.

Estaba confiando en ese hombre y quería pasar tiempo con él, conocerlo poco a poco, más profundamente. Y esa noche sería una buena oportunidad para ello.

Pensé en Joel y quise darle celos de alguna manera, pero no merecía sentirse tan importante.

Porque fue, era y seguiría siendo un gilipollas.

Y ese gilipollas ya estaba en mi pasado, así que era tiempo de dejarlo bien enterrado allí. Además, conociendo lo cabrón que era, seguro que me la devolvería de alguna manera, ya fuera poniendo una foto con su nueva novia y pensaría que yo seguiría jodida por su traición.

Y no, yo no iba a convertir a esa mierda en algo importante. Que se quedara ahí, lejos, pegada al suelo que era donde debía de estar.

Muy lejos de mí.

Yo tenía mucha más clase que él.

No iba a mandarle ningún mensaje, no iba a poner nada en las redes, no iba a darle más importancia a esa mierda en mi vida.

En el trabajo, el día pasó rápidamente. Veía que Carla no dejaba de mirarme con una media sonrisa en la cara, pero la ignoré y seguí a lo mío. Hasta que abordó el tema que quería.

—A ver... Dime qué es lo que te ha pasado —dijo sin esperar más.

—¿A mí? Pues nada —me encogí de hombros—. No sé qué piensas, pero deja de mirarme que me estás poniendo nerviosa —le advertí.

—Nada... A mí no me mientas. Algo pasó y no me lo quieres contar —yo negué con la cabeza, no sabía de qué hablaba—. ¿Has follado?

Fue tan directa que me dejó con la boca abierta.

—¡No seas bruta! —reí— Carla, controla esa lengua —me había puesto como la grana.

—Sí, claro, ni que fueras a escandalizarte, finolis. Pero dime ya.

—No, no lo hice —reí—. Solo conocí a alguien... Nada importante —dije rápidamente al ver su cara de emoción.

—Y te lo has follado —los ojos le hacían chiribitas y yo volví a ponerme roja.

—Que no —negué de nuevo—. Pero no te preocupes que cuando lo haga, te lo contaré antes que a nadie —dije entre risas. Madre mía, qué bruta era.

—¿De verdad? —preguntó emocionada.

Puse los ojos en blanco.

—De verdad que no tiene importancia. Solo algunos mensajes y poco más...

—Pues enséñame esos mensajes.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—Para creer que no es nada importante —sonrió con malicia.

—No te enseñaré nada.

—Venga, no me puedes dejar así —puso cara de cachorro degollado.

—Son privados —le recordé—. Ni te los enseñaré ni te los contaré que las cosas se tuercen.

—Eso sí —hizo una mueca—. Pero odio quedarme con el chisme a medias —suspiró—. No insisto más, pero me prometes que me irás contando cómo va el hombre sin importancia.

—Vale —reí.

—Cuando te vi el otro día que me contaste lo que te pasó... Me acordé de lo que viví y no quiero verte triste a ti —me dijo seriamente, con algo de tristeza.

—Estaré bien —le prometí.

Su sonrisa me dijo que me creía, así que seguimos trabajando. Le di dos besos al irme y sonreí con sus buenos deseos para mi vida en general. Sobre



todo con ese hombre sin importancia.

Entendía que recordara cosas con mi historia porque la suya había sido aún más dura. Pero ya eso era su pasado, ahora estaba casada con un hombre que la adoraba.

Respecto a mí, tener a Ángel en mi vida me aliviaba bastante. ¿Podría tener tanta suerte como mi amiga?

Me paré a comer algo antes de irme a casa y al final acabé hartándome de todo en la cervecería de siempre, me solía ocurrir porque estaba todo más que delicioso.

Llegué a casa y la sonrisa con la que me había despertado seguía en mi cara. Tenía ilusión por ver a Ángel, me sentía feliz por salir esa noche. Así no me quedaría llorando por los rincones de la casa mientras los recuerdos de mi vida con el gilipollas de Joel se me venían a la mente.

Descansé un rato, me tumbé en el sofá e imaginé cómo sería la noche. Primera cuestión: qué iba a ponerme. ¿Pantalón? ¿Falda? ¿Vestido? Me pondría el vestido negro, con unas botas altas y la gabardina... Más que perfecta.

El pelo... Recogido en una coleta.

Cuando ya mi mente tuvo mi look listo, pareció calmarse. Cogí el móvil, no tenía mensajes nuevos. Seguramente él estaba terminando o descansando para vernos en unas horas.

Quería que el tiempo pasara rápido, tenía ganas de disfrutar de mi salida y, sobre todo, de hacerlo con él. Ese chico era algo especial.

Los minutos parecían que no pasaban y yo estaba demasiado nerviosa. Tomé un baño con sales relajantes porque necesitaba ese momento de relax o iba a acabar chillando como una posesa con un ataque de histeria.

Pero mi mente no se relajaba ni en un momento así. Pensé en el pasado, en mi infancia. No sabía de dónde venía, no tenía recuerdos anteriores al orfanato. Me hubiera gustado conocer mi historia, quizás algún día podría cumplirse eso. Tener respuestas. Aunque eso no cambiara las cosas.

Medio arrugada ya, salí de la bañera y me arreglé. Cuando me miré al espejo, sonreí. Sí, estaba bien, la verdad es que me sentía sexy.

Y lo mejor era que me sentía bien y cómoda conmigo misma.

Aún quedaba algo de tiempo para que Ángel llegara, pero bajé ya, mejor esperar mientras me daba el aire de la calle que desquiciarme dentro de esas cuatro paredes.

De verdad que estaba hecha un flan. Como si tuviera quince años, una cosa extraña. Y todo era a causa de él, había despertado algo en mí que no sabía si lo había sentido alguna vez en mi vida. Y ni yo misma podía definir qué era.

En el portal, me crucé con mi vecino Roberto. Roberto tendría unos sesenta años, era todo un señor, vivía allí desde que se casó con su esposa Ana, muchos años atrás. Sonrió al verme y me guiñó un ojo tras decirme que estaba preciosa y, cómo no, eso me hizo sonreír aún más.

Me subió la autoestima.

Salí a la calle dispuesta a pasar una noche que recordaría siempre.

Y al salir... Ahí estaba él.

Su hombro apoyado en la pared del edificio, mirando su móvil.

Levantó la cabeza y me vio, una gran sonrisa se formó en su cara y me miró de arriba abajo sin cortarse. Y a mí me empezaron a temblar las piernas de lo nerviosa que me puso esa mirada que parecía que iba a quemarme.

—Joder... —eso fue lo que dijo tras carraspear.

Me puse roja, seguro, podía sentir el calor en mi cara.

—Estás muy guapo —le dije. Era la verdad. Encamisado, con sus vaqueros, esa americana. Joder..., pensé yo.

—Voy a tener que quitarte muchos moscones de encima esta noche...

—No exageres —reí tontamente, pero era un bonito halago.

*“Mientras no me defiendas de ti...”*, no pude evitar pensar eso. Evité poner los ojos en blanco por mis pensamientos.

—Pues yo pensé en que cenáramos en un restaurante italiano que me encanta y sé que te va a gustar. ¿Te apetece? —afirmé con la cabeza y

comenzamos a caminar— No está muy lejos, llegaremos en nada.

—Bien, pero la verdad es que no tengo demasiada hambre.

—Ahora, pero cuando veas la comida de allí... Ya me contarás —rio y yo reí también—. Te noto... ¿Menos triste?

—Sí, bastante más animada. A veces no siento ni tristeza.

—Eso es bueno, el duelo siempre mengua. Y haremos que esta noche se vaya del todo. ¿Lista? —apoyó su brazo sobre mis hombros y yo sonreí.

—Vamos a por ello.

La cena fue más que perfecta. Era cierto que ese lugar iba a gustarme y la comida mucho más. Nada más entrar y oler, se me abrió el apetito. Al salir de allí, creía que me iba a poner a rodar en lugar de caminar, casi no podía ni moverme con todo lo que le había metido a mi cuerpo.

Ángel se reía, recordándome que hubiera dicho que no tenía mucha hambre. Pero es que solo oler y ver esos platos... Dios mío, no había comido tanto en mi vida y seguro que la culpa era de los nervios.

Aunque la verdad es que no me duraron demasiado, Ángel consiguió que me sintiera tranquila y que pudiera ser yo misma sin sentir ningún tipo de inseguridad con ello.

Así que comí y comí... Y así estaba en ese momento, para explotar.

Fuimos en taxi hasta un pub a tomarnos algo, había reservado una mesa apartada en el pub de un amigo y me gustó el detalle de poder estar algo más íntimamente con él, sin todo el ruido y la gente alrededor que podía molestarnos en un lugar así.

Además, a mí solían gustarme las salidas más tranquilas. Bailar, claro, beber. Pero hablar con la gente sin tener que chillar era lo primero.

Nos acompañaron a la mesa reservada, nos sentamos en el sofá y pedimos unas copas. Desde ahí podía ver cómo la gente bailaba en la planta de abajo, la pista de baile estaba llena y todos reían y disfrutaban de la música.

No tardaron en traernos la bebida y yo no tardé en probarla. Ese mojito

estaba divino.

—Pfff, cuánto tiempo hacía que no salía —reí y bebí un poco más.

—¿Con él no lo hacías? —se refería al gilipollas, claro.

—Sí, pero no de copas —me acomodé en el sofá después de que él lo hiciera y lo miré a los ojos—. Nuestros amigos no suelen bailar, así que tomábamos algo en lugares más tranquilos.

—Si prefieres eso, aún estamos a tiempo de cambiar.

—No, no, me gusta eso —sonreí—. A mí me encanta bailar aunque hace años que no bailo. Además...

—¿Además qué? —preguntó cuando me callé.

—¿Te puedo contar un secreto? —pregunté muy seria.

—Claro —dijo muy serio también y mucho más cerca de mí que antes.

—Siempre pensé que cuando alguien me viera bailar se reiría porque soy muy mala. Un pato mareado, vaya.

Lo dije seriamente. Y lo miraba igual. Él hacía lo mismo. Ni pestañeaba. Y cuando no pude aguantar más, estallé en carcajadas. No podía parar y eso que aún no había bebido casi nada. Pero verlo tan serio, escuchándome...

Hasta que, claramente, él se rio conmigo.

—Solo bromeo —dije entre risas—. Hace mucho que no bailo, pero tanto como para hacer el ridículo... No creo.

—¿Puedo contarte yo ahora un secreto? —preguntó muy serio, como el que iba a contarme algo horrible.

—Sí —susurré con el mismo tono de vos, le seguí el juego.

—No veo la hora de verte en esa pista de baile demostrándome cómo t mueves con ese vestido.

Dios... Su voz sonó muy ronca y mi imaginación hizo estragos rápidamente. Empecé a imaginar... Madre mía.

Carraspeé y sin pensármelo, me bebí la copa de un solo trago. Se me subió a la cabeza rápidamente, siempre me pasaba así con el alcohol.

Pedimos de nuevo, otro mojito para mí y empezamos a contarnos cosas.

Anécdotas de nuestras vidas. Reíamos a carcajadas, sin importar si la gente nos miraba o no, yo estaba disfrutando de lo lindo, estaba siendo una noche bastante divertida.

Pensé en irme a bailar y miré a la pista. La gente se divertía. Paseé la mirada por cada uno de ellos y me quedé de piedra cuando vi al gilipollas de mi ex. Ahí estaba Joel, bailando con la que suponía, no la veía bien, era la mujer con la que me engañó, con la que se fue.

Sin pensármelo, me terminé la bebida de nuevo de un trago y me levanté.

Me puse a cantar la canción que sonaba a todo pulmón. Y en ese momento el gilipollas me miró. Y se quedó más de piedra que yo.

Canté aún más fuerte, me puse a saltar y él no podía quitar la vista de mí. Anda y que le dieran.

Noté cómo Ángel me agarró por la cintura cuando esa melodía acabó. Una balada comenzó a sonar y, sonriendo, me agarré a él, mis manos por sus hombros.

Me insulté un segundo a mí misma, mentalmente, por haber hecho eso, por haberme puesto en evidencia. Sobre todo porque Ángel estaba conmigo, había salido con él y no tenía que preocuparme por el otro gilipollas ni hacer que me viera.

Pero ya estaba hecho.

Bailamos, una tras otra. Bebimos y reímos y ya no recordaba al imbécil de mi ex. Ni lo vi más.

Cuando nos fuimos, noté que estaba demasiado mareada, había venido más de la cuenta y el ruido y las luces empeoraban mi estado.

Cuando el aire de la noche me dio en la cara, el alivio fue inmenso.

—¿Podemos ir caminando? —pregunté, porque quería seguir con esa sensación de alivio, pero me tropecé y no me caí al suelo de milagro.

—¿Lo de andando quiere decir arrastrándote? —se rio ayudando a que me incorporara.

—Quiere decir andando —lo dije tan convencida... Que no me creyó.

—Pues sí, podemos. Estás tan borracha que puedes hacerlo —rio—. Llamaré a un taxi mejor —sacó su móvil.

—No, quiero andar —intenté evitar que llamara quitándole el móvil, pero se hizo con él de nuevo. Pues nada, allí lo dejé, marcando y yo comencé a caminar.

—Ángel, sí. Gracias... Espera, ¿pero a dónde vas?

Me paró por el camino, me agarró de la cintura, me hizo girar y me llevó con él para esperar al taxi.

—¿Sabes? Eres muy buena gente, pero no me tienes que coger como si fuera un saco de patatas —refunfuñé.

—No lo hago, solo te cojo como si fueras una borracha.

—¿Borracha yo? ¡¿Yo?! Por dios...

Me dejó en el suelo y lo miré, él agarró mi mano para que no me moviera. Sabía que quería reírse y que aguantaba para no hacerlo.

—No estoy borracha —le aclaré—. Estoy bien y podemos caminar... ¿Vale?

—No vale, no...

—Joder, pero...

—No y ya.

Resoplé y de nuevo quise zafarme de él, pero no me soltaba, es que ni me dejaba moverme. Llegó el taxi, él abrió la puerta y aproveché ese momento para correr. O intentarlo al menos. Y lo habría conseguido, pero el maldito tacón se me rompió y casi me caigo de bruces.

En realidad me di de bruces...

—Joder, ¿por qué eres tan cabezota? —me levantó del suelo y me miró malamente antes de poner los ojos en blanco.

—Que quiero ir andando... —insistí.

—Que no irás andando, vamos en el taxi —no sé cómo lo hizo pero me puso sobre su hombro—. ¿Ves? Ahora sí te llevo como si fueras un saco de patatas —dejo riendo—

—Joder... ¡Bájame! —empecé a golpear su espalda, pero él me llevaba hacia el taxi.

Me metió dentro y le dio la dirección al taxista.

—No te enfades, ven... —me acercó a él— Cierra los ojos y descansa, te despierto cuando lleguemos.

—Quiero andar...

—Ahora, tranquila. Antes descansa un poco... —sonaba condescendiente.

Suspiré y le hice caso. Cerré los ojos, en un ratito caminaría y me sentiría mejor.



## Capítulo 5

Gemí al notar cómo el sol me daba en la cara. me moví y gemí de nuevo, me dolía mucho la cabeza.

Conseguí levantarme mientras maldecía al mundo, ¿tanto había bebido? Parecía ser que sí...

Cogí el móvil que estaba en la mesilla de noche y miré las notificaciones, pero no tenía ningún mensaje de Ángel. Me encogí de hombros y fui a la cocina. Necesitaba café. Mucho. Y pastillas a ver si se me quitaba ese horrible dolor.

Pasé por el salón y me dirigí a la cocina cuando... Volví sobre mis pasos, ¿había visto bien? Me quedé paralizada al ver a Ángel allí, dormido en el sofá. No pude evitar sonreír.

Se giró y me miró y estuvimos así unos segundos, hasta que los dos nos reímos y yo tuve que parar porque no era nada bueno para mi dolor de cabeza.

En ese momento, no sabía por qué, pero supe que ya mi ex, el gilipollas, era el pasado.

—Buenos días, guapísima. Aunque no lo recuerdes, me dejaste dormir aquí, lo juro —se levantó. Su voz sonaba ronca y madre mía, me había puesto cardíaca con solo escucharlo.

—Ah... Pues no me acuerdo, pero te creo. No esperaba encontrarte aquí...

—Lo siento, me dijiste y... Si quieres me marchó.

—¿Eh? No, por favor, tú no tienes que irte —con la ilusión que me había



hecho verlo allí, ni de coña se iba a ir.

—Me pediste que me quedara y sé que estabas borracha, pero supuse que era mejor y asegurarme de que dormías bien —yo no me acordaba nada de eso, pero sabía que él no me mentía, confiaba en él, aunque aún ni lo conocía bien.

Sonreí...

—No me acuerdo de nada, pero confío en ti. Y ahora lo que necesito es café, mucho, café y una pastilla que me alivie este dolor de cabeza. Así que te ofrezco lo mismo. Si gustas... —le señalé la cocina y me siguió— Ya no recordaba lo que era una resaca —suspiré.

—No has acabado muy mal —sonrió y yo me puse a preparar el café—. ¿Puedo entrar un segundo al baño para asearme? Ahora preparamos el desayuno.

—Claro...

—Bien, porque tengo un hambre voraz y como no me duele la cabeza, te juro que me comería una vaca... —rió, se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla.

—Yo no quiero comer. Café, solo café —reí.

—Pero vas a comer —dijo muy seguro antes de salir hacia el baño.

Pues nos había salido mandón el chico...

Me puse a preparar el café y miré qué tenía para desayunar. No mucho, pero con eso tendría que ser suficiente. Tostadas para el hambriento.

Mientras se hacían, miré por la ventana. La gente ya en la calle, la vida siguiendo su curso. Las risas, las parejas con confianzas... Todo como siempre y, sin embargo, ese día todo era diferente. Porque no estaba sola. Estaba con él.

Con ese hombre que con sus mensajes me había ayudado más de lo que podía imaginar. Y después de una primera salida, estaba en mi casa, iba a desayunar conmigo...

Y yo me sentía feliz.

Me sentía feliz con tenerlo a él cerca, ¿cómo era eso posible tan rápido y después de la decepción que había sufrido?

En ese momento Ángel llegó a la cocina.

—Yo también necesito café. Solo con olerlo... —sonrió— Además, esta vez será especial por tomarlo contigo. ¿Qué más podría pedir? —él decía todo tal como lo sentía, sin ocultar nada y a mí me encantaba que yo le provocara cosas bonitas, la verdad.

—Estás exagerando, le dirás lo mismo a todas —reí, roja como un tomate—. Siéntate que yo me encargo del desayuno.

—Déjame ayudar.

—Es mi casa, eres mi invitado, yo lo hago.

—Está bien. Pero las cosas tienen que ser justas, así que después estaremos en mi casa, tú te sentarás y yo me encargaré del almuerzo. Una paella si gustas, me salen deliciosas. Es lo justo —dijo.

—¿En serio? Me sorprendes.

Esa invitación sí que me había dejado sin palabras, pero más feliz aún de lo que sentía. Pasaría ese día también con él.

—Sí. ¿Aceptas?

—No sé... —me hice la tonta, jugando un rato.

—¿No sabes? Es simple, te vienes a comer paella, soy un experto haciendo paella. Sobre todo porque es lo único que sé hacer —rio—. Pero te encantará. No tienes mucho que pensar.

—Mmm... Vale —reí.

Puse las tazas de café en la mesa, las tostadas, la mantequilla.... Me senté frente a él, sonriendo.

—Menos mal, pero antes tenemos que ir a comprar las cosas porque mi frigorífico está vacío que no me dio tiempo a mucho esta semana —suspiró—. También compraremos unos pasteles para merendar y...

—Lo que quieras —reí—. Pero no exageres, no como tanto —vi cómo me miraba, con las cejas enarcadas, seguramente recordando la cena en el

italiano de la noche anterior y me reí a carcajadas—. En general no como tanto. Y no me quejaré por nada, como quieras.

—Pues entonces puedes preparar la maleta.

—¿La maleta para qué?

—Una pequeña. Podemos pasar la noche con pelis y palomitas. Y no pensar y disfrutar y comer mucho helado. Pizza para cenar si quieres también.

—¿Quién no acepta una invitación así? —reí— Pelis, palomitas, pizza, helado...

—¿Eso es que sí?

—Claro —reí—. No me perdería eso por nada del mundo.

—Perfecto —sonrió—. Entonces a desayunar que el supermercado nos espera.

—¿Y qué peli vamos a ver?

—Pues no sé... Acción, terror... Tengo muchas.

—¿Y románticas? —pregunté para meterme con él.

—Bueno... Si quieres eso, pues eso —intentó no hacer una mueca.

—Tranquilo, prefiero las de terror —reí—, sobre todo los clásicos.

—Joder, me asustaste, pensé que te gustaban las románticas —dijo con alivio.

—Y me gustan, ya te haré ver alguna —reí al ver su supuesta cara de susto. Pero no tengo ganas de llorar, puedes suspirar aliviado.

—Me alegra —rio—. Pues vamos a comer que después de la borrachera... Falta nos hace —cogió una tostada y empezó a untarle la mantequilla.

—Yo no bebí tanto... —me quejé mientras bebía mi café.

—No, solo cogiste una buena cogorza...

—Pfff, pues vaya impresión te llevarías de mí —no tenía que mentir ya, sabía que había bebido más de la cuenta y que acabé borracha—. No suelo ser así —me justifiqué.

—No tienes que justificarte, lo pasamos bien —me guiñó un ojo, riendo y

quitándole importancia al tema.

—La verdad es que sí, hacía mucho que no vivía eso. Y a veces es bueno recordar lo que es una buena fiesta. No todo es trabajar, digo yo.

—Pues no, así que a partir de ahora, a repetirlo todos los fines de semana.

—Tampoco te cueles, que ya tenemos una edad —reí.

—¿Dices que estamos viejos? —se hizo el ofendido.

—No... —reí de nuevo— Pero volver a hacer lo de anoche... La vieja soy yo creo. Mejor más de tranquis.

—Ni tan de tranquis que me entra la depresión. Soy joven aún.

—Claro... Y se te nota, lo bien que estás —me puse roja al decirlo—. Pero botellones para otros, no para mí —le saqué la lengua.

Desayunamos entre risas. Tomé una ducha rápida y preparé una bolsa con mis cosas para quedarme a dormir en su casa. Cuando volví a la cocina. Ángel ya había recogido la mesa y fregado. Se vistió y nos fuimos para su casa.

Paramos en el supermercado y en la pastelería para comprar las cosas que quería y los dos sonriendo, llegamos a su casa.

La casa era preciosa, minimalista, simple y con mucho gusto decorada. Él se quedó guardando la compra y yo me dediqué a conocer la casa.

Me sentía un poco rara allí, cosa lógica. Pero por otra parte también con tranquilidad porque era su hogar, todo era muy él y, además, estaba con él.

—¿Me dejarás que te ayude a cocinar? —volví a la cocina, ya había alcahueteado.

—No. Túmbate en el sofá, date un baño. Ponte a abrir cajones... Lo que quieras, pero cocino yo y no me desconcentres.

—¿Te concentras para cocinar? Solo es una paella —me reí.

Con toda la cara fura del mundo, abrí el frigo y cogí algo de beber, me senté para tomarme el refresco.

—Claro que tengo que concentrarme. La paella, para que salga bien, necesita concentración. Y tú ya me desconcentras con el simple hecho de

respirar, así que mejor... ¿No te quieres ir al sofá?

—¿Por qué te desconcentro? —bebí un poco del refresco y me quedé mirándolo. Suspiró antes de hablar.

—Olvida el tema...

—Entiendo... —sonreí. Salí de la cocina pero solo para coger mi móvil del bolso y volví a sentarme allí, para que se desconcentrara.

La situación era extraña a la vez que “normal”. Él cocinando, yo en mis cosas con el móvil. Los dos bromeando y riendo...

Esas cosas las había hecho con el gilipollas de mi ex, pero con Ángel era diferente. Como más natural, no sabría explicarlo.

Me sentía mucho más relajada a pesar de que conocía poco de él, pero causaba ese efecto en mí.

El olor que desprendía la paella me abrió el apetito y cuando ya nos sentamos a comer y la probé... Gemí sin poder evitarlo.

—Joder, esto está de muerte —y no mentía en absoluto.

Ángel se rio y me dio las gracias. Charlamos mientras comíamos, entre nosotros todo era tan natural...

Más tarde, ya sentados en el sofá, jugando al parchís, disfrutando de cada momento juntos.

—¡Ole yo! —salté del sofá y chillé, había ganado.

—Hiciste trampa —me acusó seriamente.

—Una mierda trampas. Eres malo y yo gané justamente —reí.

—¿Malo jugando al parchís? ¿Quién puede ser malo jugando al parchís?

—Pues tú, por lo que se ve —me reí a carcajadas y él no tuvo más remedio que unirse a mí—. Tampoco pensé, hasta que te vi, que alguien pudiera ser tan malo jugando.

Me moría de la risa, caí en el sofá sin poder controlarme y él no hizo otra cosa que hacerme cosquillas y eso no lo soportaba. Reía y lloraba a la vez.

—¡Para! —iba a darme algo.

Paró y nos quedamos los dos con la sonrisa en los labios, mirándonos el

uno al otro.

—Tú ganaste, tú eliges película —se separó de mí tras carraspear.

—Vale... Pues Pesadilla en Elm Street —yo estaba roja como la grana.

—Ay dios —suspiró él y no dijo nada más.

Una sonrisa se dibujó en mi cara, a los dos nos había afectado esa cercanía. Pero volvimos a relajarnos rápidamente. Pedimos las pizzas para cenar y mientras comíamos, veíamos la peli.

No sé en qué momento me quedé dormida, ni cuenta me di. Ángel me despertó y me llevó hasta la cama. Me tapó, me dio un beso en la mejilla y me dejó allí.

Volví a cerrar los ojos hasta que mi móvil sonó. Miré la pantalla, somnolienta. Era un mensaje de Ángel. ¿Un mensaje? Pero si acababa de salir por la puerta...

*“Me encanta tenerte aquí, no sabes cuánto...”*

Mi sonrisa de idiota quinceañera hizo presencia de nuevo.

*“Te cansarás de mí.”*

*“Muy segura dices eso.”*

*“Porque estoy segura de ello...”*

*“¿Es eso un reto?”*

*“No, no lo es... Solo estaba bromeando.”*

*“Eso espero. Descansa, nos vemos en unas horas.”*

*“Buenas noches.”*

*“Buenas noches, Marta. Ah... ¿Marta?”*

*“Dime.”*

*“No olvides soñar conmigo. Besos.”*

Me mordí el labio, sí que iba a soñar con él.

Cuando me desperté el domingo, fui a la cocina y ya estaba el desayuno preparado. Saludé a Ángel con un beso en la mejilla y le agradecí el gesto, él me mostró esa sonrisa que tanto me gustaba.

Pasamos el día juntos, pero se me hizo demasiado corto. Ya en casa, preparé algunas cosas para la semana siguiente no estar tan estresada y caí rendida en la cama.

Y en ese momento, al pensar en él cuando estaba en mi cama, sola...  
Cómo era, cómo quería estar de nuevo cerca de él. Cómo me gustaba.

Joder, tenemos un problema..., me dije a mí misma cuando me di cuenta de lo que me estaba pasando.



## Capítulo 6

El fin de semana que había pasado con Ángel aún hacía que el lunes por la mañana la sonrisa no se borrara de mi cara. Y, lo mejor, es que ya no pensaba tanto en Joel.

Me sentía diferente, como si fuera otra mujer. La que tenía el corazón roto ya no estaba. Ahora, en su lugar, estaba alguien que se sentía contenta, con sueños e ilusiones y con ganas de vivir, que eso era lo más importante.

Fui hacia el trabajo, revisé antes el buzón y me quedé extrañada al ver que tenía una carta del juzgado. La abrí y leí, decía que me presentara allí cuando antes pudiera para recoger una notificación. ¿Una notificación de qué?

Recordé que hacía tiempo había pedido información sobre mi pasado, porque ni siquiera tenía mi partida de nacimiento ni nada que me llevara a encontrar a nadie de mi familia.

¿Sería sobre eso?

Saber tus orígenes creo que es algo necesario. Había llorado mucho por sentirme sola. Veía en la televisión cómo hijos y padres se reencontraban después de años y yo muchas veces había fantaseado con vivir eso. Con encontrar algo, a alguien, lo que fuera, alguna respuesta.

Aunque ya tenía mi vida, era algo que siempre necesitaría y eso no se podía evitar.

Recordé cómo le dije una vez al gilipollas de mi ex que podía llamar él y quizás... Pero al decirme que sería una estupidez, me quitó la ilusión de un plumazo. Como él decía, quizás mi familia no quería saber nada de mí. De



haberlo hecho, me habrían buscado. Y eso nunca ocurrió.

Y yo podía pensar igual que él muchas veces, pero otras...

No saber quién eres, de dónde vienes... Todo eso te marca, quieras o no. Aunque siempre conseguí que no entorpeciera mi vida en nada, pero lo llevaba dentro.

¿Quién no quiere tener una familia en la que apoyarse? Contarle las cosas, los secretos, solo disfrutar con ellos de ir una vez al cine, no sé...

Yo no tuve nada, ni siquiera sabía quién era en realidad, eso era lo que me había tocado vivir. Lo acepté, me costó pero lo hice. Aún así, el querer saber... Siempre querría saber, tener respuestas.

Cuando llegué a la oficina, comenté que iba a acercarme y no me pusieron problemas. Tropecé con mi compañera Carla cuando iba a salir.

—Tengo que salir un momento, ahora vuelvo...

—Pero espera un segundo. Tienes cosas que contarme. ¿Qué tal con tu novio? ¿En la cama... es bueno? ¿Es pobre o con dinero? ¿Te tratará bien, no? Ah, ¿La tiene mejor que el gilipollas de tu ex? —lo soltó todo de carrerilla.

—No me puedo parar —puse los ojos en blanco—. Y tampoco hay nada que contar. Cuando pase algo, tranquila que te lo digo, serás la primera en saber si me acuesto con él —no quise sonar estúpida, pero tenía que ir al juzgado, ¡no era momento para eso!

—Bueno, me espero —rio—. Venga, vete —me guiñó un ojo y sonreí por la broma.

—Tengo que ir al juzgado... —dije a modo de disculpa por si soné brusca.

—¿Algo grave?

—No, espero que no, después te cuento, pero es algo importante —le di un beso en la mejilla y salí corriendo de allí.

Estaba nerviosa y llegué al juzgado casi atacada de los nervios. El corazón se me iba a salir del pecho por la ansiedad, las manos me sudaban...

Dejé el coche aparcado en segunda fila, me daba igual si me multaban. En

ese momento solo quería ver de qué se trataba. Tenía como un nudo en el estómago, pasé el control de seguridad y me dirigí hacia el despacho que decía en la carta.

Toda la vida sin saber nada, sin respuestas a tantas preguntas. Toda la vida sola, sin nadie de mi sangre cerca de mí. No sabía cómo acabé en el orfanato y quería saber algo. Quién era, de dónde venía...

¿Qué habían encontrado?

Al llegar al despacho, llamé a la puerta. Una chica que estaba delante de un ordenador me invitó a pasar, le enseñé la carta tras saludarla y se levantó para buscar el expediente.

Volvió con una carpeta, la abrió y leyó antes de decirme nada.

—Marta, parece ser que solicitaste al juez hace cuatro años tu partida de nacimiento y que interpusiste, además, una reclamación al Registro Civil de la ciudad. El juez te dio la razón y aquí está la partida que solicitas —me la entregó, me temblaba todo—. Espero que esto te ayude con las dudas que tengas... Mucha suerte.

—Gracias... No me puedo creer que lo haya conseguido. Ya no tenía esperanzas en lograrlo. Ha pasado tanto tiempo...

—He visto a mucha gente como tú, queriendo tener respuestas. Muchos reclaman y lo logran, como has hecho tú.

Lloré sin poder evitarlo. Me despedí de la chica y salí de allí, con el papel en la mano. No sabía si leerlo o no. Me iba a dar algo.

Alegría y tristeza, sentía las dos cosas a la vez. Quería respuestas y a la vez tenía miedo de obtenerlas.

Pero tenía que ser fuerte, tenía que ver lo que ponía.

En unos pocos días mi mundo había cambiado demasiado. La traición y la huida de Joel, conocer a Ángel. Y ahora tener respuestas sobre mi pasado...

Salí del edificio temblando, tenía que leer ya lo que ponía esa partida de nacimiento.

Me senté en un bar cercano, pedí un café y tomé aire antes de leer lo que

decía el papel. Respiré hondo de nuevo, intentando relajarme. Pero es que me temblaba todo, así no podría...

Al final lo hice y leí. Mi nombre era el mismo, no lo habían cambiado, pero los apellidos sí. Bebí de mi café y volví a coger aire...

Nombre del padre: Luis Rodríguez Cabrera, sesenta años.

Nombre de la madre: Isabel Blanco Gutiérrez, cincuenta y cinco años.

Nací en Madrid, como ellos...

Sollocé y lloré a lágrima viva y sin control. Tenía un pasado...

Sentía, por extraño que pareciera, que por fin tenía una familia.

Me alivió leer eso, sentir como si tuviera de verdad un lugar en el mundo. Todo lo que sentía era tan extraño... Y llegó la ansiedad, la necesidad de encontrar a mis progenitores, de preguntarles por qué.

Creía que todo eso me afectaba menos, pero en ese momento supe que estaba equivocada, que no tenía nada superado.

Ya tenía sus nombres, algo muy importante, era un gran paso. Pero... Solo tenía eso. En realidad parecía que no tenía nada.

Ahora las preguntas se sucedían unas tras otras.

¿Los encontraría?

¿Me ayudaría a resolver dudas?

¿Podrían explicarme todo?

¿Serían suficientes sus respuestas para no sentirme abandonada?

¿Me ayudaría a mí en algo o cambiaría lo que era mi vida.

Joder, ya ni sabía si había algo de bueno en tener esos datos.

Comencé a caminar, me monté en el coche y me quedé allí dentro, llorando de nuevo. No podía dejar de mirar ese papel, de leer sus nombres una y otra vez. Y me sentía triste...

Tenía delante de mí los nombres de mis padres. Era como si ya tuviera una familia. Pero eso no era suficiente, ya no. Ahora tenía que encontrarlos.

Pensé en Ángel. Si él estuviera a mi lado, seguro que sobrellevaría todo eso mejor. No dudaba de eso.

Recordé cuando estaba en el orfanato y alguno de mis amigos se marchaba porque lo habían adoptado. Esa sensación que vivía en ese momento era la misma que estaba viviendo dentro de ese coche. Una doble sensación de soledad.

Quizás mis padres no querían saber sobre mí y el que yo apareciera podría traerles problemas. Ahí el miedo y la inseguridad.

¿Pero y si me abandonaron por no tener más remedio y deseaban conocerme?

No sé, pudieron pasar muchas cosas para tomar una decisión así.

Cuando volví al trabajo, ya sin llorar, le conté a mi compañera. Se quedó con los ojos abiertos de par en par y yo estaba como en shock, repitiendo los nombres de mis padres una y otra vez.

Carla cogió el papel, lo leyó y se sentó a mi lado, delante de mi escritorio, con su móvil en la mano.

—Marta, escúchame. Poniendo el nombre de tu madre en Facebook, me sale un perfil y coincide el nombre y la fecha de nacimiento que ponen en ese informe. No sé si quieres ver la foto... No sé si estás lista para ello, pero tengo que decirte que el parecido contigo es más que sorprendente...

Joder, a llorar otra vez. Carla me abrazó, intentando que me calmara.

—Tengo que verla, necesito hacerlo —dije entre lágrimas.

—¿Estás segura? —ahí estaba la compañera prudente que yo conocía, no la loca que me hablaba últimamente.

—¿Preparada para algo así? Nunca. Pero tengo que hacerlo, Carla, lo necesito. Mi vida tiene que tener algún sentido, digo yo —dije entre lágrimas.

Mi amiga me enseñó el móvil y me quedé helada al ver la foto. Era muy guapa, su sonrisa era impactante y preciosa. Pero también mostraba tristeza, sobre todo sus ojos... La nostalgia estaba en esas pupilas, no se podía esconder. Sus ojos, tan parecidos a los míos...

Miramos su muro, tenía muchas frases que hablaban sobre la esperanza y sobre la ilusión, fotos preciosas, muchas de ella. Pero nada de mi padre...

No pude seguir mirando, las lágrimas me ahogaban y el haberle puesto cara era un shock para mí. En casa, tranquila, miraría todo bien.

—¿Qué piensas? —me preguntó Carla.

—No sé... Es muy guapa... Por una parte es ilusión por haberle puesto cara al fin, pero por otra parte es dolor, enfado, rabia... Nada ha sido justo, nada de lo que he vivido. Ver por primera vez la cara de mi madre a estas alturas no es algo fácil de digerir, pero gracias por haberla encontrado — lloré, desconsolada.

—Tal vez sientes que por fin sabes quién eres. Cuando me pasó eso en el altar, yo pensé que moriría. Mi mundo se acababa ahí, nada podría seguir... Pero eso me ayudó a hacerme más fuerte, a descubrir que era valiente y que podía con todo. Podría superar cualquier cosa.

Te pasa igual, tu relación terminó, ahora encuentras a tus padres y todo esto te enseñará quién eres tú y cuán fuerte, valiente y valiosa eres. Te ayudará a conocerte, a no juzgarte a ti misma. Verás a esa mujer que eres sin venda en los ojos.

La abracé por sus palabras.

Intenté centrarme en el trabajo, pero poco pude hacer. Ángel me llamó cuando salía del despacho, le conté lo que había vivido y quedó conmigo en verme cuando terminara su jornada laboral, dándome fuerza.

Cuando por fin llegué a mi casa, me puse a revisar el muro de mi madre. Con una taza de café ya lista en las manos, me dediqué a mirar todo detenidamente.

Parecía que vivía sola, que era una persona con fe, creyente. Escribía cosas para alguien a quien no nombraba directamente.

Había una frase que me llamó la atención:

*“Aunque la vida te quite lo que más amas, nunca podrá borrar su huella de tu corazón.”*

¿Era por mí? ¿Todas esas frases eran por y para mí?

Me dolía ilusionarme con ello porque la desilusión también existía. A lo mejor mi padre murió y se la dedicaba a él y de mí ni se acordaba...

Abrí su chat decenas de veces y las mismas lo cerré. No podía escribirle...

Y no podía dejar de llorar.

¿Cómo iba a hablarse así, de repente? Nada de eso era justo, no me atrevía a dar ese paso. Porque ¿qué iba a decirle? Nunca sabría las palabras correctas.

Al final le mandé una solicitud de amistad. Quizás mirando mi foto supiese quién era y me hablaba ella. Me mordí las uñas por los nervios. ¿Descubriría quién era? A lo mejor me bloqueaba al saberlo.

Joder, iba a darme algo...

Si era así, tendría también respuestas a mis preguntas, es que no quería verme. Pero yo necesitaba saber si se había acordado de mí, si me había echado de menos... ¿Por qué me abandonó o qué fue lo que ocurrió?

De los nervios...

Decidí darme una ducha, estaba demasiado nerviosa. Tenía hasta ganas de vomitar. Al salir, que no tardé mucho, volví a mirar Facebook y me temblaron las manos al ver que había aceptado la solicitud que le envié.

Abrí de nuevo el chat, ella estaba online. ¿Le hablaba? ¿No lo hacía?

No, no podía, tenía que ser ella, ¿no? ¿Pero y si también estaba como yo?

En ese momento de tanto caos mental, vi que posteó algo y lo leí sin perder el tiempo.

*“¿Una casualidad? ¿O son respuestas a tantos años? No sé qué es, lo único que sé es que ha convertido el día de hoy en el más feliz de mi vida. Es la primera vez, en muchos años, que lloro de felicidad. Gracias a la vida porque ya puedo morir en paz.”*

Me puse a llorar, desconsolada. Eso iba para mí, ella tampoco sabía cómo actuar, pero estaba feliz de que la hubiera encontrado

Contesté en su publicación.

*“No son casualidades. Si algo se encuentra es porque lo buscas. Para mí también es uno de los días más felices de mi vida.”*

Lloré y lloré sin control, no podía dejar de temblar. Veía luz, veía ilusión,

veía que la vida, por fin, estaba dispuesta a darme lo que nunca había tenido.

Sentía que ella también me había echado de menos, que también me había buscado. Sentía esperanzas y felicidad.

Necesitaba a Ángel en ese momento junto a mí. Su cariño, su fuerza.... Tenía que contarle lo que estaba pasando.

En ese momento me sonó la entrada de un mensaje. Era ella...

—Hola... Hija...

No podía creerlo...

—Mamá...

Dios, cómo dolía decir eso.

—Te quiero, siempre te he querido. Tienes que saberlo.

—Y yo a ti —lloraba y lloraba...

—Tienes que escucharme, mi amor, tienes que hacerlo. Yo sabía, algo me decía que no estabas muerta, que eso no era cierto. Te busqué por todos lados, puse decenas de denuncias, pero no conseguía nada. Nadie me creía, nadie me ayudaba. La familia de tu padre te quitó de mi lado. Al menos dime que él ha sido un buen padre para ti, por favor.

Me quedé de piedra. No podía ser lo que estaba leyendo. De todas las cosas que se me habían pasado por la mente durante todos esos años, nunca imaginé que la historia fuera como me la estaba contando...

¿Mi padre? ¿La familia de mi padre? ¿Yo muerta?

—No entiendo... Yo no conozco a mi padre. Yo he crecido en un orfanato, estuve allí desde que cumplí un año. Me criaron las monjas. ¿De qué estás hablando?

—Dios mío... Eso no puede ser... ¿Pero qué hicieron? Tengo que verte, hija, tengo que verte.

—¿Dónde vives?

—En Las Palmas. Hace veinte años que estoy aquí. Pasé diez años buscándote hasta que perdí, en parte, la esperanza de volver a verte y me vine aquí, donde me salió un trabajo.

—Yo vivo en Madrid. Preparo todo y voy a verte. Puedo quedarme un fin de semana.

—Te espero, por favor, no tardes. Necesito abrazarte. Ahora que la vida te trajo de vuelta, no puedo estar más tiempo separada de ti.

—Yo también quiero verte, mamá. Este es mi teléfono, podemos hablar o mensajearnos por ahí.

—Anotado. Que dios te bendiga, mi niña, te quiero más que a nadie.

Cerré la ventana de la conversación y seguí llorando. De tristeza, de pena, de alegría.... Era un torbellino de sentimientos y no podía controlarlos.

Me puse a caminar por la casa, no podía parar quieta y ya no sabía cómo relajarme. Necesitaba a Ángel, lo necesitaba cerca ya. Cogí el móvil y le mandé un mensaje.

*“Dime que estás libre para mí hoy.”*

Sabía que entendería que algo pasaba y que lo necesitaba. No tardó en responderme.

*“¿Qué pasa? ¿Estás bien?”*

*“No...”*

*“Dime dónde estás.”*

*“Estoy en mi casa.”*

*“Estoy allí en menos de diez minutos.”*

Me senté en el sofá para esperarlo. No tardó nada en llegar, al abrirle la puerta y cuando me vio los ojos... Me abrazó sin preguntar nada. Me llevó hasta el sofá, nos sentamos y sentía lo nervioso que estaba por verme así y no saber exactamente el porqué.

—¿Qué te hizo? —me preguntó con rabia— Porque si te ha tocado... Te juro por dios que lo mato.

—No, no es eso —negué rápidamente y pude ver cómo suspiraba, aliviado. — Encontré a mi madre —dije llorando.

—¿Como que tu madre? —pestañeó.

—La encontré...

Se quedó mirándome, pestañeó varias veces y vi cómo era incapaz de



emitir sonido alguno. Me abrazó hasta que yo pude dejar de llorar.

—Me llegó una carta del juzgado, tenía que ir a recoger algo, ya te lo dije. Era mi partida de nacimiento. Pues Carla miró en Facebook, encontró a mi madre y he hablado con ella...

—¿Y qué te ha dicho? —me acariciaba las manos con delicadeza y ternura.

—Ella pensaba que yo estaba muerta. Bueno, eso le dijeron parece ser, pero que ella nunca lo había creído y que me buscó por años. Pero la familia de mi padre... No entiendo, ella creía que estaba con él.

—Es normal, son demasiadas preguntas. Tienes que relajarte, la encontraste y te responderá a lo que necesites, cariño.

Sabía que tenía que ser así.

—Vive en Las Palmas, quiere verme y le dije que iría para estar un fin de semana, pero quiero que sea ya —lloré.

—Pues iremos, porque yo voy contigo, pero ahora necesito que te tranquilices.

—Ángel, tú no puedes...

—He dicho que voy y voy. Este viernes si quieres. ¿Puedes esperar hasta entonces? Cojo ese día libre y podemos estar allí todo el fin de semana. Porque sola no dejaré que vayas.

—Gracias... Arreglaré también para no trabajar ese día.

—Vale, ahora me encargo de los billetes, del hotel y de todo lo que haga falta. Pero tú vas a ir al baño, vas a llenar la bañera, te vas a meter ahí y te vas a relajar mientras hago algo de cenar.

—Ángel...

—Marta, ¿puedes hacer lo que te digo sin cuestionarlo? El viernes estamos volando hacia allí, hasta entonces, hazme caso, por favor y hagamos que estos días no sean demasiado largos para ti.

—Vale...

Lo abracé y le di un beso en la mejilla. Hice lo que me pidió, relajarme en

la bañera llena de agua. Cuando salí, ya estaba la cena en la mesa. Comimos y descansamos un poco mientras charlábamos, compramos los billetes de avión y ya pude respirar un poco más tranquila.

Hasta que no estuve en mi cama, no se marchó. Quería verme bien y no iba a marcharse antes.

No sabía por qué era así conmigo, pero me encantaba cómo se preocupaba por mí.

Estaba cerrando los ojos, a punto de dormirme, cuando mi móvil sonó con un mensaje.

Sonreí al ver que era de él.

“Buenas noches, preciosa, descansa y confía en mí, todo va a salir bien.”

“No sé cómo darte las gracias por todo, Ángel.”

“No tienes que darme las gracias con nada. Pero sonrío siempre, con eso ya me siento pagado.”

Era un encanto de hombre.

Él había conseguido que no echara de menos al gilipollas de Joel, que ahora solo lo necesitara a él, a ese chico que me llenaba con mensajes y cambiaba mi humor con solo unas palabras. Y cada día necesitaba más tenerlo cerca de mí.

No iba a pensar en eso, ahora pensaba en mi madre, en mi historia, en mi pasado.

*“Buenas noches, Ángel.”*

*“Buenas noches, preciosa.”*

Suspiré, cerré los ojos y me dispuse a descansar o, al menos, a intentarlo. Los días se iban a hacer eternos, pero Ángel iba a estar conmigo, estaba segura de ello.



## Capítulo 7

Apenas había podido dormir esa noche y me desperté con ansiedad. El día estaba gris, parecía que iba a llover, solo se veían algunos rayos de sol entre las nubes casi negras. Unos segundos después, el cristal de la ventana se mojó con las primeras gotas de lluvia. Parecía como si el cielo estuviera como yo, con ansiedad, llorando.

Fui a prepararme mi taza de café, necesitaba una bien cargada.

El parque estaba ese día en silencio, como la casa. Como yo...

Quedaban aún un par de horas para que me tuviera que ir al trabajo, así que tenía tiempo de sobra para tomarme más de un café en calma. Si es que conseguía relajarme.

Mi mente no paraba, no podía quedarse en blanco. En ese momento me dolió la rodilla y supe que algo iba a pasar. Me ocurría desde que era pequeña, era como una especie de presentimiento y no de algo bueno, además.

Aunque también podían ser los nervios...

Mi madre tenía que explicarme y contarme muchas cosas. Y Ángel estaría conmigo, a mi lado. No sabía cómo agradecerle todo lo que estaba haciendo por mí. Me estaba dando el apoyo y la fuerza que necesitaba para poder con lo que estaba viviendo.

Un poco después me llegó un mensaje del hombre de la preciosa sonrisa. Parecía que también se había despertado bastante temprano.

*“Buenos días, cariño. Dame una preciosa sonrisa para empezar el día. Las cosas se están colocando en su lugar, verás como recibes las respuestas*

*que necesitas y todo será feliz a partir de ahora. Ten un gran día y sonríe.”*

¿Cómo no iba a sonreír con algo así?

Sonreí ampliamente, él siempre conseguía que lo hiciera, era increíble la habilidad que tenía para lograr eso por más triste que me sintiera. Le escribí una respuesta.

*“Hola, guapo. Sonríe cada vez que despierto con tus mensajes. Ten un precioso día tú también y no dejes de escribirme, me encanta que lo hagas.”*

*“Nunca dejaré de hacerlo.”*

Ojalá..., pensé al leer su respuesta.

Fui a dejar el móvil cuando otro mensaje me sonó, pero esa vez no era de él, sino de ella. Mi madre.

*“Buenos días, preciosa. Dime dónde te puedo enviar el dinero para que compres el billete de avión, no quiero que gastes. Estoy deseando tenerte cerca ya.”*

Sonreí otra vez. Por unos segundos me sentí querida, como si la hubiera tenido toda la vida a mi lado. Mi madre... Era una sensación tan bonita y extraña...

Comencé a llorar, pero esa vez de felicidad.

*“Buenos días, mamá. No te preocupes, ya lo he comprado y tú no tienes que pagar nada, trabajo y puedo hacerlo sin problemas. Llego allí el viernes por la mañana, sobre las diez y media. No voy sola, voy con un amigo, pero puedes confiar en él. Ya tenemos habitación en un hotel, tampoco quería molestarte mucho, pero pasaremos juntas todo el tiempo que quieras. Perdona que me sienta tan insegura con todo esto, es algo complicado para mí. Necesito conocerte, ir poco a poco. Mi vida no fue fácil y ahora todo esto se me hace muy complicado también. No sé si me estoy explicando bien... Estoy algo nerviosa y no sé cómo expresar todo lo que estoy sintiendo.”*

Su respuesta no tardó mucho.

*“No, hija, no hagas eso, por favor. Tanto él como tú tenéis que quedaros en mi casa. No necesitáis ningún hotel. No pienses nunca que eres una molestia para mí, por favor. Os recogeré en el aeropuerto, estaré antes de que el vuelo llegue. Necesito verte, pasar todo el tiempo que pueda contigo. No puedo imaginar lo duro que ha sido todo esto para ti, pero sé*

*cómo ha sido para mí vivir sin tenerte cerca. Y ahora que te tengo... No quiero separarme de ti. Tengo cosas que contarte e iremos como necesites, paso a paso, respondiendo a cada cosa que necesites. Pero os quedáis los dos en mi casa y no admito un no."*

Llamé al chico de preciosa sonrisa y le comenté lo que había dicho mi madre. Él se reía y decía que lo entendía, pero que sería mejor que él se quedara en el hotel para no molestarnos. Incluso pensó que acompañarme podía entorpecer mi reencuentro de alguna manera.

—No digas eso —le advertí—. No podría hacerlo sin ti. No molestas, nunca. Eres muy importante para mí y en ese momento te necesitaré cerca.

—¿Segura?

—Sí.

—Vale... Solo no quiero que pienses que me entrometo en tus cosas o molestar en algo...

—Joder, Ángel, no digas esas cosas. Es mi madre y a ti te necesito cerca también. Créeme, por dios. No podría hacerlo sola, no puedo hacerlo sin ti.

—Vale —esa vez sí pareció creerme—. Pero si molesto...

—Oh, dios, qué pesado —resoplé—. Si necesito que nos dejes solas, te lo diré, ¿vale?

Por fin pareció entender y pude responder al mensaje de mi madre diciéndole que nos quedaríamos en su casa, lo que la puso muy feliz.

“Gracias, muchas gracias, hija. No veo la hora de poder verte y tocarte. Sabía que algún día podría hacerlo, siempre guardé un poco de esperanza dentro mí. He soñado contigo tantas noches... Te perdí cuando eras un bebé y por fin volveré a tenerte cerca. Te quiero, cariño y espero que algún día puedas perdonarme.”

Seguramente no había nada que perdonar...

Ese día se me pasó rápidamente. Cuando salí del trabajo fui de compras, necesitaba algo de ropa para el viaje y me vendría bien distraerme un

poco. Pero me arrepentí de no haberles pedido a Carla o a María que me acompañaran, porque sola era algo aburrido.

Me sentía feliz, pero también estaba muy nerviosa, iba a reencontrarme con mi madre, cómo no estarlo.

Había soñado muchas veces con que ella venía a por mí, que me sacaba de aquel lugar en el que crecía. Pero no eran más que esos, sueños que yo vivía como pesadillas porque ella nunca aparecía. Había soñado con que la abrazaba, la besaba y podía darle todas las muestras de cariño que guardaba dentro de mí.

El martes quedé con María para almorzar. Hacía días que no nos veíamos y teníamos muchas cosas sobre las que ponernos al día. Además, no quería estar en casa y comerme la cabeza.

Cuando terminé de contarle todo, mi amiga seguía con la boca abierta, no se lo podía creer.

—No puedo creerlo, después de quitarte de encima al gilipollas ese, ¿resulta que aparece quien parece ser el amor de tu vida y que, además, encuentras a tu madre?

—Yo no dije nada de ningún amor de mi vida, pero... Quién sabe —sonreí—. Lo que siento por él es... No sé, nunca lo sentí por Joel.

—Que te enamoraste —rio—. Lo malo pasa por algo, tenías que sufrir para que llegara el chico bueno, ¿no? Parece como que las piezas encajan una a una, todo cambia, todo va a su sitio. Lo mereces, amiga, eres una gran persona, estás cañón además, eres fuerte, sensible, una mujer de bandera...

—Calla, que me pondrás roja —reí—. Joel es un gilipollas, pero me alegro de lo que me hizo. Gracias a él conocí a Ángel. Y tú también tendrás tu oportunidad.

—A mí déjame —rio.

—¿Por qué? Todas esas cualidades que tú ves en mí, yo las veo en ti y te

mereces una bonita historia de amor.

—Todo llegará —me sacó la lengua—. Siempre has estado ahí para mí. En ese mal momento de la biopsia, eras tú quien estuviste a mi lado. Nunca olvidaré todo lo que has hecho por mí.

—Olvida eso ya, solo fue un susto —no quería revivir eso.

—Sí, pero lo superé porque te tenía —era así, cuando se encontró un bulto en el pecho, fui a la única persona que se lo contó y quien la acompañó a cada prueba.

—No me hagas llorar —le advertí.

—Que ese gilipollas te engañara es lo mejor que te podía pasar. Mira cómo estás ahora, feliz —me guiñó el ojo—. El susto que pasé yo me ayudó a avanzar también. Todo pasa por algo, ese hombre. Ángel, está en tu camino por algo ahora, porque mereces ser feliz.

—Tal vez tengas razón —suspiré.

—Verás que sí. Estás genial. Las dos hemos pasado por cosas malas, pero aquí seguimos, siempre adelante. Tú puedes con todo y ya es hora de que te des cuenta.

—Me da miedo tenerla delante, tengo miedo al reencuentro...

—Es normal, pero todo irá bien. Por lo que me cuentas, esa mujer derrocha amor. No pienses, solo siéntelo.

—Pero no puedo evitar estar nerviosa —reconocí.

—Y lo entiendo. Pero tienes que llevarlo como mejor pueda, intentar evadirte.

—Ayer estuve de compras, necesitaba ropa pero me fui sola y fue amargante —puse los ojos en blanco.

—¿Por qué no me avisaste?

—No sé, no quise molestar, o quizás no era momento para contarte las cosas porque no me saldrían las palabras...

—Te perdono por esta vez, pero solo si ahora me recompensas por la tarde de compras que me hiciste perder ayer.

Me reí y me la llevé de tiendas. María siempre sacándome sonrisas.

Pues al final la semana se me pasó rápidamente. Ya era jueves y casi de noche. Estaba tumbada en el sofá, esperando a que el chico de la bella sonrisa apareciera para cenar y dormir en mi casa. El vuelo salía temprano en la mañana, así que había que madrugar.

Llegó con una bolsa de comida, ya tenía la cena comprada. Le di un abrazo al verlo, serví el vino y nos pusimos a cenar.

—¿Muy nerviosa? —me preguntó.

—Bastante. Apenas estoy durmiendo estos días, la verdad es que tengo los nervios a flor de piel.

—Se nota, tienes unas ojeras... —me riñó— Hoy vas a dormir.

—No veo la hora de tenerla cerca...— suspiré.

—Queda muy poco ya —sonrió—. No sé cómo te sientes, ni puedo siquiera imaginarlo. Pero estoy aquí, para lo que necesites, si es que sirve de algo.

—Claro que sirve —le aseguré—. No sabes en lo importante que eres para mí.

A lo mejor no lo sabía, pero me sonrió de una forma que me llegó al alma, sabía que me agradecía lo que le había dicho.

—Que esta noche pase rápido y la vea pronto.

—Entonces a dormir, vamos.

Me hizo levantarme y me sentó en el sofá, a su lado. nos acomodamos, nos tapó a los dos con una manta y puso algo en la televisión. Me dio un beso en la frente, prometiendo llevarme a la cama cuando me hubiera dormido.

Me abracé a él, relajándome. No supe cuándo me dormí, solo noté cómo me tumbaba en la cama y me daba un beso en la frente, sacándome de mi ensueño.

Cuando escuché que cerró la puerta del dormitorio, me incorporé, buscando el móvil para escribirle un mensaje. Y, cómo no, lo había dejado en mi mesilla de noche.

“¿Te dormiste ya?”



“No.”

“*Es que no puedo dormir...*”

No tuve respuesta, unos segundos después, entró en mi dormitorio. Se tumbó en la cama, a mi lado y me abrazó por detrás.

—Descansa, preciosa —me dio un beso en el cuello.

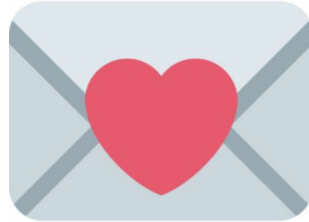
—Pero quédate conmigo —le rogué, deseando descansar y sabía que teniéndolo cerca me sería más fácil.

—Siempre.

Entonces cerré los ojos, relajada. Pensé en mi madre, en unas horas podría, por fin, tenerla delante.

No sabía cómo iba a reaccionar en ese momento.

Lo único que sabía es que tendría muchas de las respuestas que necesitaba.



## Capítulo 8

El despertador sonó pronto, no eran ni las cinco de la mañana. Nos tomamos un café, cogimos las maletas y salimos para el aeropuerto. El vuelo salía un poco más de dos horas.

Mientras esperábamos, una vez que pasamos el control de seguridad, pudimos desayunar con más calma. Un café y unas tostadas y el cuerpo ya se sentía más despierto.

Yo permanecía en silencio, algo raro en mí.

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—Venga, Marta. Sé positiva, sé optimista. Estoy aquí contigo, créeme, todo va a salir bien —dijo acariciando mi mano con ternura.

—No sabes cómo se siente alguien huérfano. Que no sabe quién es. Y ahora, de repente, mi madre en mi vida. Una madre que me perdió, que no quiso deshacerse de mí— necesitaba sacar cosas.

—Sé que no puedo saber cómo te sientes. Pero te voy a contar algo. Mi padre era también huérfano. Yo nunca conocí a sus padres, a mis abuelos. No sé si mi padre alguna vez intentó encontrarlos, pero lo dudo. Cuando la familia de mi madre venía de visita, él se mostraba raro. Callado, distante...

—Lo siento, Ángel, no sabía...

—Yo no puedo entenderte porque siempre tuve a mis padres conmigo.

Pero estando cerca de ti en todo esto me he dado cuenta de muchas cosas. Mi padre siempre dio todo, siempre estuvo pendiente a los estudios, a las actividades que hacíamos extraescolares, a los deportes. Quizás por ser huérfano era más sensible con esas cosas. Más protector —seguía acariciando mi mano con dulzura.

—Puede ser... —suspiré.

Terminamos de desayunar y fuimos hacia la puerta de embarque. Allí, mientras esperaba, me puse a llorar y me abracé a Ángel, quien me acunó hasta que pude hablar.

—Si lo necesitas, llora —decía sobre mi cabeza.

Lo miré a los ojos.

—He soñado mucho con este momento y mira ahora, soy tonta, ¿no? Pero es que no sé cómo actuar.

—No eres tonta, no me gusta que te insultes. Eres una mujer valiente. Estás experimentando muchas cosas, es normal cómo te sientes. Compréndete un poco.

—Tengo miedo, Ángel. Creo que no quiero verla. No sé quién es ella en realidad. Tantos años sola, tantos años sin ella... Es mucho tiempo perdido para las dos.

—Ese tiempo perdido se termina ya. Ahora no puedes renunciar a verla. Un último esfuerzo, verás cómo vale la pena. Has luchado mucho para llegar hasta aquí y no dejaré que te vengas abajo, estoy contigo en esto.

La gente nos miraba con curiosidad. A saber lo que estarían pensando.

Anunciaron el embarque del vuelo, nos pusimos en la cola y yo resoplaba, nerviosa, mientras Ángel intentaba relajarme.

Estuve así todo el vuelo, moviéndome, resoplando, queriendo ponerme a gritar. Ángel tenía mucha paciencia conmigo.

Volvió a dolerme la rodilla, mal presentimiento, pensé.

Ángel me cogió la mano y me la acarició hasta que llegamos al destino.

Una vez que aterrizamos, fui consciente de que ya no había vuelta atrás.

Agarré con fuerza la mano de Ángel y él me apretó la mía, dándome seguridad.

Recogimos nuestro equipaje y salimos. Allí, nada más salir, estaba ella. No dejaba de mirar al frente, nerviosa, impaciente. Entonces su mirada se posó en mí y noté cómo me reconocía enseguida.

—¡Hija mía!

Gritó eso una y otra vez mientras corría hacia mí. Me abrazó y empezó a llorar y yo hice lo mismo. Me miraba y me decía lo guapa que era y volvía a abrazarme. No paraba de decir cuánto me quería.

Cuando se relajó un poco y yo también, saludó a Ángel, casi se lo come a besos. Me dio la impresión de que para ella el que fuéramos amigos era mucho más, pero tampoco iba a sacarla de su error.

Fuimos hacia el parking, dejamos las maletas en el maletero de su coche y nos montamos. Nos pasamos todo el camino llorando.

Me contó cómo era su vida allí, que vivía tranquilamente. Del trabajo a casa y poco más.

Me decía que había esperado vivir ese momento cada día de su vida y la creí.

Vivía en una casa baja en la zona antigua de la ciudad, una casa preciosa. La tenía bien decorada y muy limpia. Nos enseñó la casa y la habitación que compartiríamos Ángel y yo. Tenía dos camas, lo que me hizo mucha gracia.

Nos dejó solos para preparar algo de picar, se notaba que estaba muy nerviosa.

—Pues me gusta tu madre, se nota que es muy cariñosa y en su mirada se ve que no ha tenido una vida fácil.

—Me ha dado la misma sensación. Estoy deseando que me cuente pero no creo que su vida haya sido de cuento. Necesito saber por qué estuvo lejos de mí.

—Te lo contaré, no creo que se guarde nada.

—Estoy deseando de que llegue ese momento. Necesito respuestas.

Fuimos a buscarla a la cocina cuando acomodamos nuestras cosas y ya

nos tenía una mesa con comida y bebida preparada. Tenía de todo y ella no dejaba de sacar y sacar más, como si no fuéramos a tener suficiente.

—Hija... Has alegrado esta casa —sonrió mientras nos servía el vino.

—Gracias...

—Han sido unos años duros, he sufrido mucho —se sentó—. La gente creía que estaba loca. No tenías aún un año cuando te ingresaron en el hospital. Yo me acerqué a casa a coger algo de ropa para estar allí contigo y cuando llegué me dijeron que había muerto. Y yo casi me volví loca... No me enseñaron el cadáver, lo pedían y me dijeron que no podían. Cuando tu padre llegó al hospital, lo culpé, sabía que era cosa suya. Por eso siempre pensé que te había secuestrado, que te había llevado con él para repararte de mí. Él y yo nos estábamos separando y yo nunca había sido buena a ojos de su familia —lo contaba llorando y con dolor.

—¿Y él... no me quería?

—¿Te habría dejado en un orfanato si te quisiera? Hizo todo para que creyera que moriste. Pero nunca lo creí.

—¿Por qué dañarte así? Y a mí...

—Pedí tu partida de defunción, insistí hasta que me la dieron y conseguí que me dieran una, pero no sé, sabía que era falsa. Estuve diez años buscando respuestas, intentando saber la verdad. Algo me decía que todo era mentira y que te tenía con él. Al menos eso me aliviaba en algo, ¿entiendes? Imaginar que por lo menos tenías a tu padre cerca. Rezaba cada noche por ti, rogaba porque fueras feliz, incluso al lado de ese demonio. Porque es lo que es... No se puede separar a una hija de su madre y abandonarla a su suerte mientras hace pensar que está muerta —lloró.

Me levanté a abrazarla.

—Relájate, ahora estoy aquí. Ya has sufrido mucho.

—Me perdí toda tu vida, cariño y no he estado ahí cuando me has necesitado.

—Pero podemos hacerlo ahora. Aún tenemos tiempo. No quiero que te

culpes ni que te martirices más. Te creo y sé que me has querido siempre, has luchado por encontrarme, eso es lo que cuenta ahora.

—Pues empecemos a recuperar ese tiempo perdido, que es hora —dijo Ángel.

Las dos lo miramos, ¿qué quería decir?

—Me refería a ir a pasear, comer algo en un bonito lugar —se encogió de hombros.

—¡Sí! —gritó mi madre— Tengo que presentar a mi hija a todo el mundo.

—Pero cuando me cambie de ropa —reí.

—Sabéis dónde está el baño por si queréis tomar una ducha. Yo os espero aquí, id con calma.

Ángel y yo nos fuimos dentro para ducharnos y arreglarnos. Me duché yo en primer lugar, salí envuelta en la toalla. Ángel estaba eligiendo su ropa.

—Se me olvidó la ropa —dije cuando lo oí carraspear al verme.

—Yo voy a ducharme —dijo él.

—Claro...

—Me voy ya, sí —salió de allí rápidamente.

No pude evitar sonreír al verlo así.

Un rato después, los tres paseábamos por esa bonita ciudad. El sol iluminaba un precioso día. Yo iba agarrada de la mano de mi madre y con la otra entrelazaba mis dedos con Ángel.

No hablábamos del pasado, sí del presente. Le conté un poco de mi vida y mi madre escuchaba todo con atención.

Cuando hablé del gilipollas de mi ex, noté que Ángel se ponía tenso, se sentía incómodo, pero tenía que hablar de ello.

Comimos en un precioso restaurante. La gente que conocía a mi madre se acercaba y ella me mostraba con orgullo. Nos daban abrazos y buenos deseos. Tanto Ángel como yo nos sentimos muy queridos en muy poco tiempo.

La gente pensaba que éramos pareja, incluso nos preguntaron si teníamos fecha de boda y ni él ni yo sabíamos que responder, terminábamos riendo.

Llegamos a la casa de mi madre por la tarde, Ángel se tumbó un raro para descansar y yo me senté en el sofá con mi madre para seguir hablando con ella. Y ese rato a solas nos vino muy bien para conocernos algo mejor.

Ya cenados y tras despedirnos de ella con un beso y un abrazo, nos fuimos a la cama.

—¿Cómo estás? —me preguntó Ángel, ya acostado en su cama.

—Todo es raro —lo miré desde mi cama, donde estaba tumbada yo—. Me parece que la conozco de toda la vida.

—Tiene que ser raro —sonrió—. Las dos habéis sufrido mucho.

—Sí, bastante —suspiré.

—Pero no te me pongas triste ahora —tarde, ya había empezado a llorar, no pude evitarlo. Ángel se levantó de su cama y se acostó en la mía—. Mírame —cogió mi cara entre sus manos y me limpió las lágrimas con sus pulgares—. No te imaginas cuánto odio verte llorar, así que para ya. Si no lo haces, te juro que te hago cosquillas. Ahí sí te vas a reír.

—Eso no —negué rápidamente— Mira, ya —me reí falsamente.

—No es perfecta, pero valdrá —rio.

—¿Y ahora cómo me separo de ella de nuevo? —pregunté con pena.

—No tienes que separarte. La tendrás cerca, hablarás con ella a diario y vendrás a verla o ella irá cada dos por tres, seguro.

—¿Lo crees?

—Sí.

—Gracias, Ángel, por todo esto...

—No tienes que dármelas, a lo mejor soy yo quien tiene que dártelas a ti.

—¿Tú dame las gracias por qué? —ahí sí que no entendí...

—Mejor duerme, Marta —me dio un beso en la frente.

—Pero dime...

—A dormir.

—Te encanta mandar.

—La verdad es que sí —rio—. A dormir.

—Pero no tengo sueño —me quejé.

—Yo sí, así que a dormir —me hizo acomodarme sobre si pecho y noté que se estaba riendo.

—¿Vas a dormir aquí?

—No... Ahora me voy.

Fue a levantarme, pero no se lo permití.

—Tú no vas a ningún lado, Ángel.

Se rio de nuevo y yo, sonriendo, cerré los ojos. Hacía tiempo que no me iba a dormir tan feliz.





## Capítulo 9

Me despertó el sonido de la cafetera. Abrí los ojos y vi que Ángel me estaba mirando desde su cama, fruncí el ceño, se había ido de la mía. Entendiendo mi gesto, me dijo que lo hizo para que yo pudiera dormir más cómoda. ¿Cómoda? No sabía él lo cómo que yo estaba con su cuerpo pegado al mío.

Se levantó de su cama y se tumbó en la mía, me dio los buenos días con un abrazo. Con él siempre eran buenos días, la verdad.

Nos levantamos unos minutos después para tomarnos el café. Mi madre ya tenía el desayuno listo, la abracé y le di un beso de buenos días y me sentí diferente, como si hubiera encontrado, por fin, mi lugar en el mundo.

Era una sensación bonita.

Por fin podía sentir que tenía una madre.

Y tenía a Ángel a mi lado, viviendo todo eso conmigo, lo cual me hacía aún más feliz.

Recordé las palabras de Carla cuando me dijo que me encontraría a mí misma, cuánta razón tenía mi amiga.

Yo seguía siendo la misma, pero ya tenía a mi madre conmigo y eso era muy importante. Tenía a un hombre a mi lado que aunque no éramos nada, me apoyaba en todo y me hacía sonreír cada día de mi vida. Le debía demasiado a él también.

Mi madre no nos dejó movernos, nos sentamos y nos preparó todo. Nos untó hasta las tostadas y yo no quise cortar eso que parecía importante para ella, me dejé mimar.

Suponía que necesitaba cuidarme después de todo.

Ella estaba en su papel de madre, si intentaba hacer algo, me reñía para que me quedara quieta. Para ella parecía que seguía siendo una bebé y yo no iba a quejarme porque disfrutaba mucho con sus atenciones.

—Marta, quédate quieta, no tienes que hacer nada. Descansa, atiende a tu chico que está aburrido —rio.

—Mamá, déjame ayudarte a limpiar. Y no te preocupes, sabe cuidarse solo —reí.

—No seas contestona —me riñó.

Salimos a pasear, perdiéndonos por la ciudad. Nos enseñó lugares espectaculares a los cuales quería volver. Pasamos un gran día los tres juntos, yo no olvidaría nunca cada momento compartido por esas dos personas tan especiales para mí.

Estuvimos también de compras. Mi madre se empeñó en regalarme algo de ropa y no pude decirle que no. Pero al final tuve que frenarla porque quería comprarme de todo y no podía ser. Pero como para ella todo me quedaba genial y Ángel decía que tenía razón... Me costó la vida hacerle entender que no más.

Ángel estaba todo el tiempo sonriendo y siempre pendiente a mí, como yo a él. No quería que se aburriera, pero me di cuenta de que disfrutaba con todo aquello.

Mi madre me comentó que en una par de semanas ya se jubilaría por enfermedad, la mano... Demasiados años forzándola con trabajo duro, ya no podía más. Así que pronto dejaría de hacerlo y con una buena jubilación. Me alegraba por ella, lo merecía.

Y, como ella decía, así podía disfrutar más de mí.

Le dije que podía venirse a mi casa, pero ella no quería molestarme y aunque no la hacía, entendía las razones tras su no. Necesitaba también su independencia, pero a mí no me habría importado.

—¿Pero te vendrás a Madrid? —le pregunté.

—Bueno, si encuentro un buen piso, económico, ¿por qué no?

—Tranquila, te lo encontraremos —aseguró Ángel.

—No sabes la ilusión que me hace —dije casi llorando—. Será como sueño.

—Para mí también. He estado bien aquí, pero era como sentirme desterrada. Me he sentido muy sola aquí —dijo con pena.

—Puedo imaginar todo lo que has sentido, pero no volverás a sentirte sola de nuevo, mamá—. Ahora que nos hemos encontrado, no nos vamos a separar.

—Y no sabes lo feliz que me hace pasar los años que me quedan contigo. Poder vivir lo que nunca hicimos, como madre e hija. Así que me tienes que perdonar si me convierto en pesada —rio—. Porque no me separaré ya de tu lado. ¿Madrid? Pues Madrid.

—Para mí será un orgullo tener una madre pesada —reí—. Presentarte a mis amigas. Ángel sabe lo duro que ha sido esto para mí y cómo de feliz sería teniéndote cerca.

—Marta ha sufrido, mucho —concordó él—. Serán las dos muy felices estando cerca, necesitan conocerse y vivir todo lo que han perdido.

Seguimos pasando el día por la ciudad, paseando, comiendo de todo. Sentía que iba a explotar, mi madre era demasiado exagerada con la comida.

Cenamos también fuera y cuando llegamos a la casa, teníamos casi que despedirnos.

Salíamos temprano a la mañana siguiente y yo no quería separarme de ella, pero tenía que volver a Madrid, a mi vida. Y, al menos, tenía la alegría de que ella estaría allí en pocos días.

—No quiero que os vayáis tan pronto —dijo mi madre.

—Lo sé, mamá, pero pronto estaremos juntas. Tenemos mucho tiempo que recuperar y siempre estaremos juntas.

—Cómo me gusta oírte decir eso. Cuando me preguntaban si tenía hijos, me quedaba callada, a veces el dolor era demasiado insoportable. Ahora sí

siento que tengo una hija —dijo emocionada.

—Mamá, quiero preguntarte algo.

—Dime, hija.

—¿No te enamoraste de nuevo? ¿Por qué no tuviste más hijos?

—Lo que viví fue demasiado para mí. Alguna que otra vez pensé en casarme o en tener otro hijo, pero no tenerte a ti cerca era demasiado insoportable como para pensar en tener una nueva vida.

Nos dimos besos y abrazos y nos fuimos a dormir, con la alegría de que era una corta despedida. Por la mañana, desayunamos en casa antes de que mi madre nos llevara al aeropuerto.

La despedida en ese momento fue más dura, lloramos demasiado. Incluso Ángel lloró por la emoción.

Entre ellos dos también había habido mucho feeling y sentimiento y como me decía ella a mí por lo bajito, le encantaba ese hombre para mí.

Ella ya sabía toda mi historia. La de Joel y la de Ángel y para ella este chico era quien merecía tenerme a su lado. Me pidió que me arriesgara por él.

Entre lágrimas, nos dijimos un hasta luego. Le pidió a Ángel que cuidase mucho de mí hasta que ella llegara para cuidarme.

Me monté en el avión aún llorando, tenía el corazón encogido. Ángel agarró mi mano, dándome fuerza. Menos mal que lo tenía a él cerca.

Y aunque con pena por lo corto que había sido, me fui con la alegría de que pronto la tendría cerca y de que todo había sido mejor de lo que me esperaba.

Cuando llegamos al aeropuerto de Madrid, vi que tenía un mensaje de mi madre.

*“No sé cómo agradecerle a la vida que nos haya juntado de nuevo. Eres una gran mujer, estoy muy orgullosa de en quien te has convertido. Estoy deseando estar cerca de ti, cada día. Te quiero mucho, hija, siempre te querré.”*

Mierda, otra vez a llorar. Le dije a Ángel que leyera porque yo no podía pronunciar palabra. Al leerlo, me entendió. Me abrazó con fuerza y me

aseguró que eso todo era el principio de una vida feliz.

Ese día Ángel se quedó en casa conmigo, decía que no me dejaba sola en ese estado. Así que pasamos el día juntos. Él intentando animarme en todo momento.

Estábamos distraídos con un documental cuando mi móvil sonó. Era mi amiga María.

Había pensado mientras estaba con mi madre que no sabría cómo contarles las cosas a mis amigas, no sabría por dónde empezar, y en ese momento pensaba igual.

—¿Me puedes explicar para qué demonios tienes móvil? —preguntó enfadada cuando respondí a la llamada.

—Hola, María —dije tranquilamente.

—Hola, María... ¿Eso es todo lo que me vas a decir? ¿Hola, María? Hola ni leches... No sé la cantidad de mensajes que te he mandado y que has ignorado.

—Te iba a responder ahora —era mentira, no lo iba a hacer, pero cualquiera le decía otra cosa. Los leí, pero en esos momentos no estaba para contestarle y la verdad es que después se me pasó.

—Sí, sí... ¿Estás bien?

—Muy bien...

—¿Muy bien? ¿Solo eso?

—Estoy bien.

—¿Bien o muy bien?

—Bien. Estoy bien. Ya te cuento mañana todo, es que estoy cansada...

—Y una mierda muy gorda —lo dijo con tanta gracia que me reí a carcajadas—. A mí no me dejas con la duda hasta mañana.

—María, entiéndelo. De verdad que estoy muy cansada. Necesito descansar, no pensar, despejarme de todo...

—Necesitas contármelo —a cabezota no había quien le ganara.

—Si te lo cuento no creo que me despeje.

—Marta...

—María, no quiero llorar —dije con tristeza. Y lo haría si tenía que contarle todo lo de mi madre desde el principio.

Ángel cogió el móvil y habló.

—Hola, soy Ángel —no podía oír qué le decía ella—. Todo fue muy bien, mejor de lo que ella pensaba. Está cansada, solo necesita asimilar todo, pero que fue todo perfecto —silencio...—. Tranquila, mañana te llama, te contará todo cuando ya esté más relajada. Creo que es mejor que ahora descanse, lo necesita, demasiadas emociones... —silencio...— Claro, yo le digo lo mismo, necesita descansar —puse los ojos en blanco, la mataba—. Un placer conocerte, espero hacerlo en persona— silencio—. Un beso, María —dijo antes de colgar.

—La mato... —suspiré.

—Es una chica simpática y te quiere mucho.

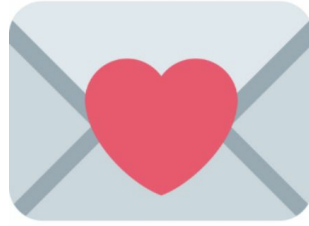
—Pero es para matarla...

—Ahora a descansar la mente, la tele... —señaló para que me centrara de nuevo en lo que estábamos viendo.

Cuando Ángel se despidió de mí esa noche, ya estaba mucho más relajada. Y, cómo no, antes de cerrar los ojos, recibí su mensaje.

*“Buenas noches, cariño. No olvides soñar conmigo.”*

Sonreí, cómo para no soñar con él. Adoraba ya a ese hombre.



## Capítulo 10

Cuando me desperté al día siguiente noté que todo era diferente. No solo tenía un mensaje de Ángel al despertar, también tenía otro de mi madre.

Me sentía plena, como nunca y ya la echaba de menos. Sentía que todo era muy extraño, sentía un vínculo entre las dos y sabía que siempre estaría ahí, eso no se rompería tan fácilmente.

Confiaba en ella, la creía y la quería.

Era alguien muy importante para mí.

Cómo me había cambiado la vida en tan poco tiempo. Atrás quedaban esos momentos en los que me sentía hundida, en la mierda, sumida en la tristeza.

El amor había curado muchas de las heridas que sangraban en mi interior. Qué extraño era todo. El tiempo se encargaba de poner todo en su lugar.

Pensé en ese momento en Ángel, su amor lo había sido todo para ayudar a sanarme. Y ahora también contaba con el de mi madre.

Estaba trabajando cuando llegó un mensajero, traía un ramo de flores. No esperé que fuera para mí, pero cuando se acercó a mi mesa, me sorprendí. Carla se levantó rápidamente para cotillear.

Leí la nota que acompañaba el ramo y sonreí.

“No lo buscaba, no lo esperaba...”

Pero llegaste y te convertiste en el amor de mi vida.

Te amo.

Ángel.”

Seguramente me había dado un infarto porque no podía moverme. Me había quedado completamente paralizada. Con encefalograma plano, seguro.

No había leído eso, ¿verdad?

La verdad era que estaba deseando que me lo dijese, estaba deseando vivir ese momento. Tenía que pasar, él tenía que sentir por mí. Después de lo que me había demostrado, no podía equivocarme en eso.

Sabía, muy dentro de mí, que era cierto.

Pero al leerlo, me entró de todo por el cuerpo.

Carla me quitó la nota, la leyó de nuevo y se puso a bailar y a gritar, me reí, pero con el ataque de nervios que tenía, también estaba a punto de ponerme a llorar.

—Qué calladito te lo tenías, cabrona —movía las caderas, reía y yo la miré y solté una carcajada. Era bruta como ella sola.

—No te rías de mí —le advertí entre risas.

—Pero si no me estoy riendo, mira —bailaba—. Estoy feliz por ti, ya era hora de que te pasara algo así —dijo emocionada—. Pero podías haberme dicho que ya mojaste —rio.

—Yo... —la verdad es que yo no sabía ni qué decir o cómo decirlo.

—Dime —me animó a continuar, dejó de bailar, esperando a que hablara.

—Es que aún... Aún no...

—Aún no qué.

—Aún no nos hemos acostado —dije en un susurro.

—Espera. ¿Qué?

—Que aún no...

Se empezó a reír y me calle.

—Sabía yo que no tenía que decirlo —refunfuñé.

—Eso sí que no me lo esperaba —reía sin parar.

—Es un poco raro, ¿no?

—La verdad es que sí. Pero el amor es como es. Solo espero que en el



momento en que sea sí, no te decepcione —a carcajadas limpias de nuevo.

—Déjame en paz —pero me reí con ella—. Que te den.

—No, espero que te den pronto a ti —lloraba de la risa.

—Sé seria. De verdad que no sé qué hacer —suspiré.

—¿Qué vas a hacer? No puedes dejarlo escapar. Se nota que lo quieres, vívelo. No sé, me da la sensación, y no podría explicarte por qué, de que ese chico es el hombre tu vida. No dejes escapar eso. Folla. Folla con él como si no hubiera un mañana. Vive tu historia. Disfrútalo. Es lo que hice yo con mi amor y por eso estoy siempre de buen humor.

—Estás loca —reí—. Sé que no puedo dejar escapar esto que siento. Es el mejor hombre del mundo.

—Y está bueno, ¿no?

—Más que eso —reconocí—. Es un bombón —no pude evitar mordirme el labio.

—Pues creo que está todo dicho. O te adelantas o te lo quitan y viendo cómo está el mercado, más vale que corras —me guiñó un ojo.

Se pasó todo el día tirándome indirectas para que lo sedujera y para que no lo dejara escapar. Estaba como una cabra, pero me reí como nunca.

Al salir de trabajar, me paré a comer algo. Estaba con mi cerveza cuando mi madre me llamó. Me dijo que había encontrado alguien que quería comprar su casa y ya estaba en proceso, que cuando tuviera una lista aquí, ya podría venirse.

Le ofrecí quedarse en la mía mientras, pero insistió en que buscáramos para poder vivir sola y no robarme intimidad.

Lo que sí le hice prometer es que buscaríamos una cerca de la mía y yo le prometí que entre Ángel y yo encontraríamos algo rápidamente.

En menos de dos semanas, si encontrábamos algo, nada más que terminara de arreglar todo allí, podíamos estar viviendo cerca la una de la otra.

Por fin.

—Yo estoy cómoda en cualquier sitio, hija. No busco lujos.

—Tú no te preocupes que en nada Ángel y yo tenemos algo. Pero no permitiré que sea cualquier sitio.

—No me puedo creer que me vaya cerca de ti. Soy tan afortunada... — noté la sonrisa y la tristeza en su voz.

—Ya fuimos por mucho tiempo desgraciadas, mamá. Ahora toca lo contrario. Olvidar el pasado, vivir el presente juntas y ser felices.

—Sí, hija, sí. Ahora ya estamos juntas y eso es lo único que importa. Ya no puedo pedirle nada más a la vida porque no necesito nada más. Pero tengo que decirte algo, hay una sorpresa que quiero darte.

—Dime...

—Pero no puedes decir que no.

Cuando me lo dijo, me quedé alucinada. Según me contaba, lo que le iban a dar por la venta de su casa quería regalármelo. Dije que no, pero ya me había hecho prometerle antes, solo que no me esperaba nada así.

Quería que con ese dinero yo me comprara una casa para mí, que no estuviera más tiempo alquilada. Seguramente tendría que pedir una hipoteca para terminar de cubrir los gastos, pero sería pequeña.

Intenté hacerle entender que no podía hacer eso, era su dinero, se lo había trabajado ella toda la vida y era ella quien lo tenía que disfrutar. Pero noté que eso le hacía daño y entendí que era su forma de decirme que me quería y que no había, para ella, nada más importante en el mundo que yo. Como me dijo, tenerme cerca y en su vida era lo único que necesitaba.

—Pero mamá, yo no quiero tu dinero, te quiero a ti en mi vida.

—Yo sé que no lo quieres, pero déjame hacerlo. Es una forma de compensarte quizás, pero necesito hacerlo, hija.

—No tienes que compensarme, no fue tu culpa, no me debes nada y, por favor, no me hagas llorar. Yo solo necesito tenerte cerca, conmigo.

—Y yo a ti a mi lado, pero eso lo vas a aceptar.

Y según su tono de voz, no había nada más que hablar.

Antes de irme a casa, decidí pasar por la inmobiliaria donde trabajaba una amiga y le comenté la situación y lo que estaba buscando. No tardó mucho en encontrar un piso muy coqueto cerca de mí, le mandé las fotos a mi madre y aceptó quedarse con él. Le enviaría la señal a mi amiga al día siguiente y quedaríamos para firmar el contrato.

Ya en casa, estuve hablando con el chico de la preciosa sonrisa por teléfono como una hora. Me dijo que me tenía preparada una sorpresa para el fin de semana y que me iba a encantar.

Ya me había dejado con la duda y emocionada.

Al día siguiente, arreglamos lo del piso de mi madre y seguimos organizando las cosas para que no tardara mucho en venirse a vivir a Madrid.

A mi lado, muy cerca de mí.

Entre una cosa y otra, la semana se me pasó muy rápidamente. Casi ni cuenta me di de que ya era viernes y que ese día conocería la sorpresa de Ángel.

Al salir del trabajo, él me estaba esperando fuera. Yo iba ya preparada con la maleta. Carla, como se enteró al verme entrar esa mañana con la maleta a cuestas, no dudó en salir conmigo para enterarse de todo y, cómo no, para conocer al chico que había robado mi corazón.

Lo miró fijamente, se presentó ella sola, haciéndome reír y después de guiñarme un ojo y darme su consentimiento, el cual nadie le había pedido, volvió a entrar tras despedirse de nosotros.

—¿Cuál es la sorpresa? —pregunté cuando me monté en el coche.

—Ya lo sabrás...

—Me da miedo —reí mirándolo.

—¿Yo miedo? La verdad es que creo que estoy más nervioso que tú con todo esto. Marta, me gustas mucho, cariño... —le temblaba la voz en ese momento.

—Me encanta oír eso... Como me han encantados todos tus mensajes —dije emocionada.

Salimos en dirección a la sierra de Madrid. Unas cabañas que formaban un hotel rural era nuestro destino. Me quedé alucinando cuando llegamos, eran preciosas. Todo eso era precioso.

Ángel había reservado una para pasar allí el fin de semana.

En aquel lugar se respiraba paz. La naturaleza era tranquilidad. Me enamoró ese sitio desde el primer momento.

Entramos en la cabaña, deshicimos las maletas, organizamos un poco las cosas de comer que Ángel llevaba en el maletero y nos relajamos con una ducha.

Y yo estaba feliz porque sabía que iba a ser un fin de semana inolvidable.

Con una taza de café en las manos después de la ducha, mientras Ángel se encargaba de la cena, me senté en el porche a disfrutar de todo aquello.

El sol empezaba a ponerse y la puesta de sol era espectacular. Quería verla y no olvidarla nunca.

Cuando ya la cena estuvo lista, entré. Ni cuenta me di de que había pasado tanto tiempo allí sentada.

Al entrar en la cabaña, me quedé paralizada.

Había adornado todo con pétalos de rosa. Él estaba en la puerta del comedor, con una sonrisa preciosa en su cara y mirándome de una manera que tampoco iba a olvidar nunca.

—¿Cuándo hiciste todo esto? —pregunté.

—Estabas tan en tu mundo, que ni cuenta te diste de que cerré la puerta con llave para que no entraras —sonrió.

—No sé qué decir, Ángel.

—Es que no tienes que decir nada. Solo sentarte.

Me senté cuando me retiró la silla y él se sentó frente a mí. Sirvió la cena

y me guiñó un ojo.

—Vamos a ver qué tal salió —dijo.

Pues buenísimo todo, estaba de muerte, como todo lo que cocinaba parecía ser.

Cenamos en silencio, nos mirábamos a los ojos, sonreíamos, pero no decíamos nada. Yo estaba un poco nerviosa y encantada con lo que había preparado. La decoración de la mesa, las velas... Todo era perfectamente romántico.

Terminamos de comer y él se levantó, acercándose a mí. Sin decir nada, se agachó, se puso de rodillas y me miró a los ojos antes de sacar una caja del bolsillo de su pantalón.

En ese momento ya no podía moverme.

¿Era lo que estaba imaginando?

Dios mío...

—No puedo explicar ni cuándo ocurrió ni qué fue exactamente lo que me hiciste. Lo único que sé es que eres el amor de mi vida, Marta. En mi vida, nadie, me ha hecho sentir lo que tú. En mi vida nadie ha sido lo que tú eres para mí.

No sabía cómo decírtelo, pero sé desde hace tiempo lo que siento por ti —empecé a llorar, sin poder controlarme y sin dejar de mirarlo a los ojos—. Te quiero, estoy enamorado de ti y quiero tenerte en mi vida —abrió la cajita, en ella había un precioso anillo que quitaba la respiración—. Sé que es pronto. Pero sé que eres mi para siempre... ¿Te quieres casar conmigo?

Yo no pude articular sonido, no podía parar de llorar. Como pude, me levanté y me puse también de rodillas, frente a él.

—Llegaste a mi vida cuando menos esperaba. Sin ti no podría haber seguido. Volviste a hacerme creer en todo, me devolviste la fe en la vida y en el amor... Sí, sí quiero casarme contigo —dije sin dejar de llorar.

Lo abracé e hice que los dos cayéramos al suelo. Nos comimos a besos, nos devoramos el uno al otro.

Nuestras manos comenzaron a acariciar el cuerpo del otro, al principio con timidez, tanteando, intentando grabar en la memoria los detalles.

Nos levantamos y seguí a Ángel a la cama. Allí, de pie el uno frente al otro, nerviosos y con el deseo encendido, comenzamos a quitarnos la ropa, mirando cada palmo de piel del otro que dejábamos libre. Tocándolo. Disfrutando...

Caímos en la cama y seguimos con las caricias mientras nuestras bocas no se separaban. Nuestras lenguas sumidas en una batalla que no tenía fin.

Moví mis caderas al sentir su miembro cerca, deseaba sentirlo dentro de mí, necesitaba tenerlo en mi interior.

Y a él parecía pasarlo lo mismo.

Cuando comenzó a penetrarme, no pude evitar gemir tan roncamente, el deseo iba a acabar conmigo. Cuando lo tuve enteramente dentro...

—Joder —gimió él, su voz tomada por el placer.

Joder era lo que pensé yo también.

Se movió lentamente, haciendo el amor sin prisas, hasta que terminamos estallando a la vez, llegando al clímax.

Nos quedamos abrazados un rato, intentando que nuestras respiraciones se normalizaran.

—Te amo. No sabes cuánto te amo, Marta —me abrazó, emocionado.

—Creo que sé cuánto porque yo te amo igual —dije cuando levanté la cabeza de su pecho y lo miré a los ojos, llevándome una de sus sonrisas de regalo.

De repente, algo se me vino a la mente y empecé a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó, divertido.

—Me he acordado de algo que dijo Carla. Le conté que aún no nos habíamos acostado y soltó una de las suyas.

—¿Y qué te dijo? —me acariciaba la espalda sin perder la sonrisa.

—Nada, solo que por mi bien esperaba que no me decepcionaras en la cama —reí.

Se quedó quieto y me miró con las cejas enarcadas.

—¿Y te he decepcionado? —lo preguntó tan serio que me quedé yo también seria.

—¿Crees que me has decepcionado?

—No sé, por eso te lo estoy preguntando.

Sonreí, me coloqué encima de él y moví mis caderas.

—Como no estás seguro, entonces vas a tener que probar de nuevo. No por mí, sino para que te quedes tranquilo. Solo que esta vez tendrás que poner más atención a si disfruto o si finjo —dije juguetona.

—Mi amor... Probaremos las veces que sean necesarias.

Terminó riéndose y volvimos a besarnos y a hacer el amor como si fuera, de nuevo, la primera vez.

Esa noche nos amamos varias veces, despertamos muy tarde a la mañana siguiente para volver a disfrutar del otro.

El fin de semana en que me prometí con el amor de mi vida no lo olvidaría nunca. Y en lo único en lo que podía pensar era en que ese hombre se convirtiera, por fin, en mi marido.

Y en ser feliz junto a él.



## Capítulo 11

Todo eso por lo que había luchado, todo lo que había soñado y deseado por fin era una realidad. Y yo estaba muy nerviosa. En esos días el recuerdo de mi padre no estaba y creo que desde que supe todo, se borró de mi mente. No quería saber nada de él.

Fue cruel, lo que le hizo a mi madre... Y a mí... No podría nunca perdonar nada así. Pensaba que el mal tenía límites, ingenua de mí por creer eso.

Tenía el día libre para poder ayudar a mi madre con la mudanza. Además, tenía que recogerla del aeropuerto también, llegaba ese mismo día.

Al verla aparecer, la alegría y la felicidad invadieron mi cuerpo. Se iba a quedar conmigo, a mi lado, para siempre.

Lloramos y nos abrazamos, nos dimos besos y saltamos de alegría como dos niñas. Hablamos y hablamos en el coche hasta llegar al restaurante cercano a casa donde decidí que comeríamos.

Después de la comida, le enseñé mi casa y nos pusimos a organizar la suya. Le encantó cuando la vio, como lo hizo la mía. Pero como ella decía, no estaría en esa mucho tiempo porque tenía una casa que comprarme con el dinero que me dio.

No cambiaba de idea al parecer...

Mi madre estaba feliz al saber que Ángel y yo íbamos a casarnos. Y más feliz estaba yo por empezar a vivir de nuevo. Mi vida por fin tenía un sentido.

Desde que mi madre se instaló, creé una rutina. Me iba a trabajar por las



mañanas y comía al mediodía con ella, en su casa. Ángel cenó con nosotras alguna que otra vez también. Y yo me sentía en familia, esa era mi familia, las dos personas que más quería en el mundo.

No podía más que agradecerle al destino lo que había puesto en mi camino, como si de un regalo se tratase.

Pensaba en ello cada mañana cuando tomaba mi café mirando el parque desde la ventana, ese parque que ya no me recordaba a Joel. Ese parque que ahora solo significaba vida. Felicidad.

Los fines de semana los pasaba con Ángel en casa, disfrutando el uno del otro, amándonos como necesitábamos hacerlo. Dándonos todo.

Sin guardarnos nada.

Habíamos decidido que cuando nos casáramos, nos iríamos a vivir juntos a una casa que compraríamos para los dos, con el dinero de mi madre y Ángel pagaría su parte vendiendo la suya y pagando la mitad de la que sería nuestra.

Las semanas pasaban, la felicidad seguía. Y llegaron unas fechas especiales: la Navidad.

La ciudad iluminada de luces de colores, los villancicos sonando por todos lados. El ambiente navideño... Siempre me había gustado todo eso pero, sin duda, ese año era especial. Ese año las pasaría con ellos dos.

Paseaba con Ángel disfrutando de la escena navideña cuando sonreí.

—Soy muy feliz —dije, simple.

—Yo también lo soy —sonrió él y me besó.

—Es gracias a ti, le has dado un sentido a mi vida. Me has hecho ser quien soy, me has hecho ser mejor persona.

—Eso no es así, princesa. Tú siempre has sido quien eras, tú no podías ser mejor persona porque ya eras lo máximo. Solo tuviste mala suerte. Piensa en ello como si fuera un mal sueño, una pesadilla. Pero no había nada que cambiar en ti, amor. Eres valiente, eres cariñosa, das todo. Siempre has sido así y yo lo vi, gracias a dios que lo hice.

No me pongas a mí en un altar cuando eres tú la que mereces estar ahí. Te

quiero, te quiero más que a nadie y eso es porque eres tú. Eres especial.

—Ahora estás exagerando tú. No estás viendo lo que vales. Todo eso que tú piensas de mí, lo pienso y lo veo yo en ti, Ángel.

—Tal vez eso es lo bonito —me guiñó un ojo.

—Más bonito que tu sonrisa no hay nada —dije con voz melosa.

Dejó de caminar y me miró a los ojos, enamorado.

—Te voy a comer a besos —la emoción en su voz.

Sonreí y él se acercó a mí para hacer lo que había dicho, comerme a besos. En medio de la calle, sin importar si nos miraban o no.

Ese momento era suyo.

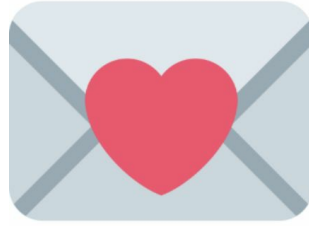
Y mío.

Ese momento era de los dos.

Y esas fiestas especiales, con su familia, la cual adoré desde el momento en que conocí y el cariño era mutuo, y con mi madre, todos juntos, harían que mi mundo fuera el más feliz de todos.

Porque estaba junto a él.

Junto al hombre que me había tocado el corazón.



## Capítulo 12

*“¿Te queda mucho?”*

Sonreí cuando leí el mensaje de Ángel. Era el día de nuestra boda y ya me había hecho la misma pregunta como diez veces.

*“Las novias siempre llegan tarde.”*

*“Pues tú no deberías, que me va a dar algo. Te vas a quedar viuda antes de la boda.”*

Reí y negué con la cabeza.

*“Ya voy, amor, no te me mueras.”*

—Le va a dar algo de verdad —mi amiga María salió a mi encuentro—. Ese chico está hecho un flan, ¿por fin? —preguntó refiriéndose a si ya iba hacia el altar.

—Por fin —resopló Carla detrás de mí.

Las tenía desesperadas a las dos, pero tenían que entender que era el día de mi boda y que no era sencillo, estaba a punto de darme un infarto por los nervios. Solo intentaba relajarme antes de aparecer frente a él.

La ceremonia iba a ser muy sencilla, con muy pocos invitados: mi madre y algunos amigos y compañeros por mi parte, la familia de quien iba a ser mi futuro marido y algunos amigos suyos. Poca gente, en un lugar muy íntimo que elegimos para la ceremonia y el convite a la vez.

La familia de Ángel y mi madre se habían encargado de ayudarme en todo y la verdad es que no me habían atosigado, habían respetado cada una de mis elecciones, por más simples que pudieran parecer.

Para mí esa ceremonia era solo simbólica, no necesitaba un papel para

prometer amar a ese hombre toda la vida.

Lo haría siempre, porque lo merecía.

Él se había adueñado de mi corazón.

Cuando lo vi allí, en el altar y nuestros ojos se encontraron, todos mis nervios se esfumaron de golpe. Mi chico me miró y sonrió y eso fue suficiente para que me acercara a él. Esa sonrisa me había enamorado desde el primer momento.

La ceremonia fue corta, emotiva y muy bonita. Me sentía en una nube. Feliz.

Después de que nos declararan marido y mujer, pasamos a la pequeña fiesta que habíamos organizado.

No faltaron las risas y los buenos momentos, el buen rollo prima ese día en todos.

Fue, sin duda, el mejor día de mi vida.

Ya en la cama, cuando Ángel y yo habíamos hecho el amor por primera vez como marido y mujer, pude suspirar de alivio.

—Todo salió perfecto —apoyé mi barbilla en su pecho y lo miré.

—No esperaba menos si lo organizaste tú —acariciaba mi espalda.

—No seas pelota —reí—. Ha sido un día perfecto, amor, de verdad.

—Me encanta oírte decir eso, esposa.

—Uy, cómo suena eso... —dije emocionada.

—¿Te imaginaste alguna vez...?

—No —lo corté—. Cuando me pasó eso que no quiero recordar, pensé que no podría amar a nadie, confiar en nadie, pero llegaste tú.

—Yo sentí lo mismo, era difícil abrirse otra vez.

—Pero conseguiste que lo hiciera.

—Como tú conseguiste enamorarme desde el primer momento —me guiñó un ojo—. Te quiero, Marta y soy muy feliz a tu lado.

—Yo también te quiero.

Nos besamos y volvimos a hacer el amor hasta caer rendidos en la cama.

Me desperté a la mañana siguiente y Ángel no estaba en la cama. Fruncí el ceño, mal empezábamos el primer día de casados. Fui a levantarme para buscarlo cuando miré el móvil. Tenía un mensaje de él.

Sonreí.

*“Buenos días, preciosa.”*

Lo había mandado hacía un rato, seguro esperando que le contestara al despertar.

*“Buenos días, ¿dónde estás?”*

*“Fui por café para llevártelo a la cama, pero no tenías que haberte despertado tan rápido.”*

*“Lo siento, no quise chafarte la sorpresa.”*

*“Bien, entonces hazme el favor de hacerte la dormida que tardo un minuto en llegar.”*

*“¿En serio?”*

*“Sí, ya entenderás por qué.”*

Me reí, me encantaba su forma juguetona de ser. Hice lo que me pidió. Oí cómo abría la puerta, entraba y... ¿volvía a irse de nuevo?

Abrí los ojos rápidamente y no estaba, ¡se había ido!

En mi mesilla de noche, una bandeja con un desayuno preparado, una rosa roja y... ¿Una carta?

La cogí inmediatamente y me dispuse a leerla.

*“Hola, mi princesa.*

Hoy te despertarás como esposa, es un día especial para los dos y se me ocurrió darte un despertar especial ya que te vas a cansar de ver mi cara por la mañana al hacerlo todos los días de tu vida. Porque no dejaré que no amanezcas un solo día a mi lado, que lo sepas.

El día que te escribí el primer mensaje, no podía ni imaginar que las cosas entre nosotros acabarían así. Sí supe que me enamoré de ti pronto, pero tenía un miedo atroz a decírtelo.

Yo había sufrido, tú estabas sufriendo. No era tiempo para nosotros, primero teníamos que sanar.

No pensé que alguien como tú, tan fuerte, tan valiente, tan admirable,

podiera fijarse nunca en alguien como yo. Me consideraba tan poca cosa... Excepto cuando estaba contigo. Cuando te hacía sonreír me convertía en el hombre más feliz del mundo.

No podía sacarte de mi mente desde el primer momento y casi desde ese momento también, no pude sacarte de mi corazón.

Eres la mejor mujer del mundo, Marta. Nadie, nunca, podrá igualarte.

Lo que siento por ti es muy importante. Es tan grande que a veces incluso me da miedo. Pero supongo que así es el amor verdadero por alguien.

Necesito darte las gracias por estar en mi vida, por darme la oportunidad de estar junto a ti.

Te prometo, como te dije ayer en los votos matrimoniales, que lucharé cada día de mi vida por hacerte sonreír, porque no te falte de nada, porque nunca la sonrisa desaparezca de tu rostro. Has sufrido mucho y ahora es tiempo de que todo para ti sea felicidad.

No sé ya cómo decirte cuánto te amo, no sé cómo demostrarte lo que eres para mí. Creo que lo sabes, espero que lo sepas.

Gracias, amor, gracias por hacerme el hombre más feliz del mundo.

Y gracias por permitirme hacerte feliz a ti.

Lo mereces todo.

Te amo.

Ángel.”

Lloré desde que leí la primera frase. Todo eso que me había dicho en la carta me lo había dicho mirándome a los ojos. Claro que sabía que me amaba, pero él no podía imaginar cuánto lo amaba yo a él.

Escuché cómo se abría la puerta del dormitorio y levanté la mirada. Entró sonriendo tímidamente.

Me limpié las lágrimas con las manos y le hice señas para que se sentara en la cama, a mi lado.

—Te amo —dijo mirándome a los ojos.

—Lo sé... —dije llorando— Pero ahora vas a escucharme tú a mí.

—Está bien...

—Soy yo quien te va a dar las gracias a diario por haber aparecido en mi vida. Llegaste en un momento en el que pensé que todo mi mundo se hundía y no me dejaste caer. Con tus mensajes, con esa sonrisa que me enamoró, con todo tú, hiciste que volviera a creer en el amor. Y me pasa como a ti, nunca quise a nadie como te quiero a ti, porque esto que siento por ti sí es amor verdadero.

Quiero pasar el resto de mi vida contigo, quiero despertarme y ver tu cara. Necesito ver esa sonrisa cada mañana para poder ser feliz.

Hemos sufrido mucho, amor, pero lo hemos logrado. La vida nos ha puesto estas pruebas para que al ponernos al uno en el camino del otro, no pudiéramos dejarnos escapar.

Te amo más que a nada en este mundo, eres mi familia y crearemos una juntos.

Así que no vuelvas a alabarme a mí tanto y a quitarte importancia y valor. Esto, lo que sentimos y lo que hemos construido, ha sido cosa de dos.

Agradezco a la vida cada día que te haya traído a mí. Y ya no podría vivir sin ti...

Te amo, Ángel, y te lo demostraré cada día. No hay mejor hombre en la tierra que tú y me dieron la oportunidad a mí de tenerte y eso no lo voy a desaprovechar.

Solo te pido una cosa, ámame siempre —dije llorando—. Porque me da miedo que dejes de hacerlo algún día.

—Ey, no... —dijo emocionado y limpió mis lágrimas— Ese miedo es normal, lo sentimos todos. Pero no es real, mi amor. No podría dejar de amarte porque eres parte de mí, ¿lo entiendes?

—Sí... —afirmé con la cabeza, yo sentía lo mismo, así que lo comprendía bien.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Sé que aún con los problemas que nos puedan llegar, siempre estarás ahí. Confío en ti, mi amor y

te doy mi amor incondicional.

—¿Para siempre?

—Para siempre. Si me casé es porque sé que es para siempre.

Lo abracé, emocionada, los sentimientos me invadían en ese momento. El miedo a una nueva vida, los temores que todo humano tenía, la inseguridad... Pero sonreí, porque sabía que eso no era infundado, solo temores de mi mente por miedo a perder al hombre que tanto amaba.

—Te amo, Marta. Te amaré hasta el último día de mi vida.

—Lo sé —dije con confianza.

Lo sabía y lo sentía. Me lo había demostrado siempre y yo sentía lo mismo por él.

—Yo te amaré más allá de la vida —aseguré.

—¿Eso es un reto? —bromeó.

—Puede ser, yo te quiero más.

—Dudo eso —rio.

—Pues no lo hagas...

—Tendrás que demostrármelo...

—Ah... ¿Y cómo? —pregunté juguetona cuando oí la picaresca en su voz.

—No sé... Mejor sorpréndeme.

Y eso hice. Sorprenderlo. Demostrarle con mi cuerpo cuánto lo amaba.

Después de mi infancia, después de todo lo que había sufrido en la vida, esta me recompensó con el hombre más maravilloso del mundo, el que era ahora mi marido.

Merecían cada una de las lágrimas que derramé hasta entonces por vivir lo que vivía con él. Por sentir lo que él me hacía sentir.

Terminamos abrazados, besándonos tras hacer el amor, sin poder separarnos el uno del otro.

Y sabía que eso iba a durar para siempre.

Porque lo que sentía por él era demasiado grande.

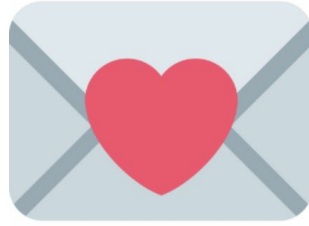
Un mensaje cambió mi vida.



Unas palabras me devolvieron la confianza y la fe en el amor.

Gracias a él, yo volvía a sentirme viva.

Lo amaba más que a la vida misma y cómo no hacerlo, si ese mensaje que nos unió me llegó directamente al corazón.



## Epílogo

Cumplíamos un año de casados, era nuestro primer aniversario y lo celebramos en la cabaña donde nos comprometimos tiempo atrás.

Nuestro año de vida juntos había sido maravilloso y con Ángel, como era, no podía ser de otra manera. Él siempre intentaba hacerme la vida fácil, siempre pendiente a mí.

Me estaba tomando un café sentada en el porche cuando mi móvil sonó con la entrada de un mensaje. Miré las notificaciones y vi que era un e—mail. Lo abrí y sonreí al ver que el mensaje era de mi marido.

Pero también estaba algo extrañada, aunque no debería, él seguía con sus mensajes.

Esta vez parecía ser una carta. Me dispuse a leerla.

*“Hoy hace un año que me diste el “Sí, quiero”, convirtiéndote en mi esposa. Después de lo que viví, tenía miedo a intentar de nuevo algo con alguien. Sé que te pasó lo mismo con lo que sufriste. Eso es algo lógico.*

Pero los dos nos arriesgamos y aquí estamos hoy, juntos, enamorados más aún que el primer día que nos lo dijimos. Yo, al menos, me siento de esa manera y sé que tú también.

Muchas veces me has agradecido el que apareciera en tu vida. No tienes que darme las gracias, mi amor, soy yo quien tiene que darlas. Y cada día, por despertarte a mi lado.

Cada día, por existir.

Cada día, por estar conmigo. Por elegirme a mí.

Por hacerme feliz.

Tú hiciste que yo tuviera ganas de volver a intentarlo. Hiciste que me arriesgara a amar y me enseñaste lo que significaba esa palabra en realidad.

Me ayudaste a sentir de nuevo.

Me reviviste, amor.

Me levanto cada día con ganas de ver tus ojos, tu sonrisa. Con ganas de luchar por ti, por nosotros. Me levanto feliz.

Eres tú quien merece esas gracias porque has logrado todo esto con tu ternura.

Tú, porque me lo das todo.

Gracias por estar a mi lado, mi amor. Espero que nunca te muevas de ahí.

Confía en mí, yo nunca te fallaré.

Porque te amo, Marta, te amo más que a nadie en este mundo.

Te amo más que a mí mismo.

Porque tú eres todo para mí.

Feliz aniversario, princesa.”

Madre mía... Estaba llorando a lágrima viva. No había nada que pudiera haberme hecho más ilusión que esas palabras que leía de él.

Entré en la casa y sentí que eso ya lo había vivido. Los pétalos de rosa, el lugar decorado con las velas... y él, mi chico de preciosa sonrisa, mirándome como aquella vez.

Solo que esta, el brillo en su mirada era diferente. Era mucho mejor.

Estaba temblando, pensé que me iban a fallar las piernas, no me atrevía a caminar.

Pensé en algo...

Cogí el móvil y escribí lo que no era capaz de decirle con palabras.

Leyó el mensaje y sus cejas se fruncieron.

Le puse:

*“Te amo, Ángel, pero...”*

*“¿Pero...?”*

Noté que estaba asustado y escribí de nuevo.

*“Hay algo que no te he dicho.”*

Levantó la mirada, preguntándome sin palabras, pero le señalé para que mirara el móvil y volví a escribir.

*“Estoy embarazada.”*

Se quedó paralizado unos segundos que se me hicieron eternos. Supuse que era él el del infarto o el encefalograma plano. Me estaba empezando ya a asustar cuando su móvil cayó al suelo y él corrió hasta llegar a mí. Me cogió en brazos y comenzamos a dar vueltas mientras gritaba de alegría.

Cuando paró, y menos mal porque casi echo la primera papilla, me besó.

Tenía planeada darle la noticia de otra manera, pero las cosas salieron así y como todo en nuestra historia, tal vez era la forma perfecta. Con mensajes, como lo habíamos vivido todo desde el principio.

Un mensaje nos unió, un mensaje seguía uniéndonos hoy en día.

Un mensaje que me llegó al corazón.